HAZAÑAS DEL CID



COLECCION ARALUCE

Hazañas del Cid.


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00039053326

Norberto.

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad pública y para las B. Circulantes.

HAZAÑAS DEL CID

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona 21 de Octubre de 1914

NIHIL OSBTAT

EL CENSOR

Franc.° de P. Rivas y Servet

PRESBÍTERO

Barcelona 21 Octubre 1914

IMPRÍMASE

El Vicario Capitular

JOSE PALMAROLA

Por mandato de Su Sría.,

Lic. Salvador Carreras, Pbro.

Scrio. Canc.

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de «Colección de obras maestras al alcance de los niños» *dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguense dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.*

El Vícario Capitular
JOSÉ PALMAROLA

Por mandato de Su Señoría
DR. P. VALLÉS, PBRO.
Pro-Scrio

HAZAÑAS
DEL
CID CAMPEADOR

RELATADAS A LOS NIÑOS

POR

MARÍA DE LA LUZ MORALES

CON ILUSTRACIONES DE

JOSÉ SEGRELLES



CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

INDICE

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

A LOS NIÑOS HISPANOAMERICANOS

Mucho antes de que los bellos libros pudieran llevar de mano en mano los lindos cuentos y las armoniosas canciones, existía ya la poesía en la mente y en los labios de los hombres. Eran estos hombres los poetas, llamados entonces *trovadores* o *juglares,* según fueran de su invención sus trovas, canciones y romances, o se limitaran a entonar las por otros inventadas.

Juglares y troveros iban cantando por los caminos, por las villas y ciudades, y a su alrededor se formaban animados corros para oir las bellas historias de amores o de guerras que entonaban. Y los reyes y los nobles les hacían subir a sus palacios y entrar en sus salones para gozar el deleite de escucharles...

Al principio cantaban generalmente las hazañas de los héroes guerreros de sus países, y así nació la *épica* o poesía guerrera ; en Francia cantaron a Roldán, en Inglaterra a Artús y en España al Cid Campeador, que es, como sabéis, un personaje de nuestra gloriosa historia, y al mismo tiempo nuestro héroe legendario.

De labios pues, de los trovadores y probablemente hacia el año 1140 recogió un autor, cuyo

nombre se ignora, el Poema del Cid *(Cantar de Myo Cid)*. Más tarde, Pedro Abatt sacó de él una copia manuscrita que todavía se conserva. Este libro maravilloso por su antigüedad, y porque es el que mejor nos hace conocer al héroe castellano, tiene, además, dentro de su primitiva rudeza, otro mérito incomparable, que cuando seáis mayores podréis apreciar y os inclinará a leerlo con paciencia, con respeto y cariño: el de ser el primer monumento conocido de la literatura española.

Y los juglares y trovadores siguieron cantando las glorias del Cid, y descubriendo e inventando nuevas hazañas de su héroe, que pasaron de boca en boca y se transmitieron de padres a hijos hasta llegar a nosotros y formar otro libro que se llama «Romancero del Cid».

Estos dos libros—posterior en varios siglos el segundo al primero—están escritos en el lenguaje bárbaro de entonces: el castellano del *Myo Cid* —como podéis ver en nuestra pequeña ilustración filológica—apenas podemos hoy entenderlo sin tener a mano una traducción moderna. Por ello y por ser las «Hazañas del Cid» algo muy interesante y muy *nuestro*, creemos un deber el adaptarlas hoy, para vosotros, niños de habla española.

Que la lectura de las glorias de Rodrigo Díaz os divierta, os instruya y admire y os sirva sobre todo para entrar mañana por las hermosas y recias páginas del Romancero y del *Myo Cid* como por terreno conocido.

María LUZ

NOTA BILIOGRAFICA:

Al hacer la presente adaptación hemos tenido a la vista las siguientes obras: «Cantar de Myo Cid» (edición de Clásicos Castellanos de «La Lectura», Madrid, 1913); «Romancero selecto del Cid».—de Milá y Fontanals-Barcelona 1884.—«La Castilla y el más famoso castellano» por el Padre Mro. Manuel Risco. Madrid y «Leyenda del Cid» de Zorrilla.

ILUSTRACIÓN FILOLÓGICA

I

La oración de Jimena incluída en la parte III de este libro, pertenece al *Cantar de Myo Cid*, el monumento más antiguo de la literatura española. Ved a título de curiosidad, como se escribía entonces el idioma castellano, y como está escrito todo el Myo Cid.

ORACIÓN DE JIMENA EN SU LENGUAJE ORIGINAL

«Ya, señor glorioso, padre que en çielo estase,
fezist çielo e tierra, el terçero el mare;
fezist estrellas e luna, y el sol pora escalentare,
e prisist encarnaçion en Santa María madre,
tres reyes de Arabia te vinieron adorare,
Melchior e Gaspar e Baltasare
oro e tus e mirra te offreçieron de voluntade.

Salvest a Jonás quando cayó en la mare,
salvest dentro en Roma a señor San Sebastian
por tierras andidiste, Señor spiritual
del agua fezist vino e de la piedra pan
resuçitest a Lázaro ca fo tu voluntad.

Tu eres rey de los reyes e de todel mundo padre
a ti adoro e credo de toda voluntad,
e ruego a San Peydro que me ayude a rogar
por mio Çid el Campeador, que Dios le curie de mal
quando oy nos partimos, en vida nos faz juntar.»

ILUSTRACIÓN FILOLÓGICA

II

Hoy, el mismo fragmento (procurando alterar el sentido lo menos posible) se escribe de este modo:

ORACIÓN DE JIMENA ADAPTADA AL CASTELLANO ACTUAL

«Dios mío, Señor glorioso—Padre que en el cielo estás,
Tú, que hiciste cielo y tierra—y también hiciste el mar,
Y la luna y las estrellas—Y el sol que calor nos dá;
Que de María naciste—Por tu santa voluntad
Y desde Arabia vinieron—Reyes de gran magestad
Por adorarte: Melchor—Y Gaspar y Baltasar
Que oro y mirra te ofrecieron—De la mejor voluntad.

Señor, que a Jonás salvaste—Cuándo se cayó en el mar,
Y también salvaste en Roma—Al glorioso Sebastián;
Que al mundo venir quisiste—Por mostrarnos tu humildad,

Que del agua hiciste vino—De la piedra hiciste pan ;
Y resucitaste a Lázaro—Por tu santa voluntad

Tú que eres rey de los reyes—Señor espiritual !
A quien adoro, en quien creo—Con toda mi voluntad
Oye mi ruego, y San Pedro—También me ayude a rogar,
Porque al Cid Campeador—Le libres de todo mal
Y ya que hoy nos separan—Nos vuelvas pronto a juntar !



MOCEDADES DEL CID

CUANDO RODRIGO ERA NIÑO

I

Hacia la mitad del siglo XI, en la noble tierra castellana y en el castillo de Vivar, cerca de la ciudad de Burgos, habitaba Rodrigo Díaz, hijo del anciano Diego Laínez.

Contaba Rodrigo apenas ocho años y ya era en extremo hábil en quebrar tablas y en jugar las armas. Por ello su padrino—un virtuoso clérigo a quien las viejas crónicas llaman Peyre Pringos—le había prometido un potro de sus yeguas; el mejor que tuviera en sus cuadras; el que él eligiera.

Apostóse el muchacho con su padrino a la puerta del corral, y empezaron a salir por ella, uno tras otro, potros muy airosos y de muy

buena estampa. Y ninguno era del agrado de Rodrigo. Por fin cuando salió el postrero que era feo, escuálido, sarnoso y lleno de mataduras, gritó el muchacho entusiasmado:

—¡Este, este será mi buen caballo!

Y su padrino al ver la mala elección que hacía, le dijo irritado:

¡Babieca se necesita ser para escoger tan mal!

—Pues este caballo—repuso Rodrigo,—se llamará Babieca y será famoso en todo el mundo!

Rodrigo Díaz fué, andando el tiempo, aquel noble castellano llamado Cid Campeador, terror y azote de los moros: su gloria llenó el mundo y sus hazañas fueron cantadas por varias generaciones de poetas. Babieca fué el caballo famoso a cuyo paso se ensanchó Castilla.

LA MAS HERMOSA DONCELLA

Era el conde Lozano un asturiano de muy noble alcurnia, mas tan altivo y presumido que por su valor probado y sus riquezas in-

contables creía poder igualarse al mismo rey Fernando I de Castilla. Poseía numerosos tesoros, pero el más preciado entre todos era Jimena, su hija única, la más hermosa, la más noble y la más rica entre todas las doncellas castellanas.

De ella dijeron en sus coplas troveros y juglares que tenía los cabellos como un rayo de sol partido en hebras, que su piel estaba tejida con los nardos de Mayo, que su voz igualaba a la del ruiseñor, y que por su magestuoso porte semejaba un hada. Y cantaron también su virtud, su modestia y su gracia...

En un día de invierno, mientras al amor de la lumbre, hilaban en sus ruecas—según costumbre de entonces—copos de blanco lino, departía Jimena con Bibiana, su nodriza, que hacía a su lado las veces de madre.

—¡ Dios nos libre—decía Bibiana—de que el señor conde, vuestro padre, llegue a saberlo nunca !

—¿Y por qué?—replicaba Jimena.—¿No es acaso Rodrigo de la más noble alcurnia castellana? ¿No es de la estirpe de Lain Calvo, primer juez de Castilla?

—Pero es tan mozo...

—¿Yqué importa su juventud, siendo de hombre cabal sus hechos? ¿No es él el má apuesto y más galán entre todos cuantos si guen al rey, cuándo vá con su corte por las calles de Burgos? ¿No es el ginete más genti y corredor, cuándo monta a Babieca? ¿No s ha educado en palacio, igual que los infantes.

—Pero la hacienda de Vivar dicen que vinc a menos...

—¿Y he de casarme yo con su hacienda? Además el brazo de Rodrigo es tan fuerte que sabrá rehacer la fortuna que sus padre: perdieron. Mas, dime Bibiana: ¿por qué l quieres mal?

—No; no le quiero mal, mas temo al conde.

—¿Y por qué has de temerle? Mi padr conoce bien a Rodrigo Díaz y sabe cuanto vale. Si tu le conocieras le querrías también... Es tan valiente que aún siendo tan mozo, corren ya de boca en boca por León y Castilla su nombre y sus hazañas. Es tan orgulloso que ni ante el rey se humilla; tan justiciero que no vacilaría en juzgar a su mismo padre—con quererlo tanto!—si creyera que cometía tuerto

o sinrazón ; tan bondadoso y noble que la fama de su buen corazón corre parejas con la de su esforzado brazo. ¿Por qué ha de oponerse mi padre a que sea mi esposo?

Bibiana movió la cabeza como diciendo :—¡ qué sé yo,qué sé yo !—y continuó hilando en silencio el lino blanco. Mas Jimena que, como toda enamorada, no sabía pensar ni hablar de otra cosa que de su galán, continuó sola la interrumpida plática.

—Además, el rey le quiere mucho... ¿No sabes que Rodrigo le salvó la vida en una cacería? El rey se hallaba sólo, se había extraviado en lo más espeso de la selva y el jabalí acosado y rabioso le atacaba con furia, cuando un certero venablo lanzado por Rodrigo, dejó a la fiera clavada en el sitio. Fué Rodrigo quien salvó la vida a don Fernado y no ninguno de sus ricos-hombres ! Por eso el infante don Sancho le trata como a un hermano, de igual, a igual y no hace diferencia ninguna entre sus hermanos y mi Rodrigo..

Bibiana seguía hilando en silencio el copo blanco.

—Además—continuó Jimena sonriendo—

a estas horas *el mal,* como tu dices, ya no tiene remedio. Ya mi padre, el conde Lozano, a quien tú temes tanto, conocerá mi amor y mi deseo, pues en este mismo instante el noble don Diego Laínez al pie del trono, estará pidiendo al monarca mi mano para su hijo Rodrigo. Y mi padre no podrá negarle al rey mi mano cuando el rey se la pida en nombre del valeroso infanzón de Vivar. Ya verás, ya verás Bibiana, que apuesto es y qué arrogante! Y has de saber que el rey le ha prometido que al día siguiente de nuestra boda le hará capitán de numerosa hueste. Te aseguro, Bibiana, que el valor de Rodrigo hará que la bandera de Vivar sea famosa entre todas las de España y las del mundo entero.

—¡ Dios haga que así sea !—contestó al fin la nodriza con bondad.—Mas temo mucho al orgullo de vuestro padre, que ni al rey se somete. Sé además que anda disgustado y rencoroso por los muchos privilegios y favores que el rey otorga a don Diego Laínez. Y me parece que no habiendo encontrado yerno de su gusto entre los más ricos-hombres de Castilla y Asturias, no ha de valer más en su opi-

nión este infanzón de Vivar aunque en ello se empeñe quien se empeñe... En fin, hija mía, mañana se sabrá...

—¡ Mañana se sabrá !—repitió suspirando Jimena.

Y continuaron en silencio su tarea. Los blancos copos del lino iban convirtiéndose en hilo sutil...

LA AFRENTA

¡ Quien pudiera imaginar lo que sucedió aquella tarde en palacio, ante las gradas del trono, y a los ojos del rey ! ¡ Bien fundados eran los temores de la bondadosa nodriza de Jimena !

El conde Lozano tan altivo y orgulloso que se creía descendiente de los reyes de Asturias, los más antiguos de todas las Españas ; a quien el mismo infante don Sancho parecía poco para esposo de su hija Jimena, andaba hacía tiempo —como Bibiana había dicho— cariacontecido, rencoroso y airado por la deferencia que el rey mostraba a los de la casa de Vivar, simples infanzones a quienes él en su

insufrible altanería consideraba indignos aún de calzarle las espuelas.

Por eso, cuando aquella tarde le llamó el rey a su presencia, y le hizo saber como el anciano don Diego Laínez le honraba pidiéndole a Jimena para esposa de su hijo Rodrigo, creyó que el rey trataba de afrentarle o de burlarse de él, e imaginó que aquello había sido tramado para igualar con él a los de Vivar y rebajar de este modo su alcurnia. La ira le cegó, su carácter colérico y soberbio, incapaz de dominar sus ímpetus ni ante el mismo rey, se reveló en toda su violencia, y por única contestación levantó la mano e imprimió una soberana bofetada en el rostro de don Diego de Laínez.

Echó éste mano a la espada, resuelto a castigar al insolente, mas no pudo ni aún desenvainarla, que era débil y anciano y el dolor de la cruel afrenta sufrida en plena corte dejó paralizadas por completo sus escasas fuerzas.

El conde dió media vuelta y fiero como un león, desafiando con la mirada a cuántos encontraba a su paso, salió del salón y de palacio. Y el rey no osó detenerle, porque el conde

era muy poderoso y su hueste la más numerosa y temida entre todas cuantas peleaban por el honor y la grandeza de Castilla...

Tal fué lo que ocurrió en aquella tarde—tan esperada por Jimena y Rodrigo,—ante las gradas del trono y a los ojos del rey.

Por eso ahora el anciano don Diego con la barba hundida en el pecho, el semblante demudado y la mirada extraviada se halla en su casa, encerrado en su cuarto y rodeado de sus tres hijos que le rodean silenciosos. Piensa el buen viejo que ya que su brazo—tan esforzado en otro tiempo—No tiene arrestos para sostener la espada y vengar la afrenta recibida, será conveniente probar los de sus herederos.

Y llamó al mayor y tomándole la mano derecha entre las dos suyas se la apretó con tal fuerza que el muchacho se le saltaron las lágrimas y no pudo menos de exclamar:

—¡ Ay, ay, padre, soltad, soltad que me hacéis daño !

—¡ Vete !—dijo el anciano abriéndole la puerta.—El hombre que llora sólo es digno de lástima !—Y llamó al segundo y le apretó la

mano de la misma manera que al mayor, mientras le miraba a la cara, fijamente.

—¡ Padre, por Dios, que me matáis !—gritó el muchacho cayendo ante don Diego de rodillas.

—¡ Sal !—dijo el padre.—El que es hombre muere, pero no se queja.—Y llamó a Rodrigo que era el más joven de los tres, e hizo la misma prueba.

Sintió el muchacho el agudo dolor causado por los pulgares de su padre que cruzados por debajo de su mano se hundían como agudos clavos en su carne, pero no dijo nada: subióle el dolor hasta el codo y enrojeció de ira; se le hizo insoportable y se mordió los labios y siguió resistiendo sin quejarse. Cuando, al fin, más vencido el anciano por el esfuerzo hecho que el mozo por el daño sufrido, aflojó don Diego la mano de su hijo, exclamó éste con fiereza:

—¡ Padre, os juro que a no ser vos mi padre, ya mi mano izquierda hubiera vengado a la derecha !

—¡ Así hijo mío !—exclamó el anciano con alegría—así es como te quiero ! Desde hoy ce-

ñirás mi espada, presidirás mi mesa, guiarás mi hueste y enarbolarás en las batallas el glorioso pendón de nuestra casa. Pues tu eres el llamado a librar nuestro nombre del baldón que sobre él ha caído, que hoy en plena corte, un insolente ha puesto en mi cara su mano... Aquí siguió don Diego relatando iracundo lo que nosotros ya sabemos. Y Rodrigo le escuchó dolido y fiero. Al saber que el ofensor de su padre era nada menos que el padre de su amada Jimena palideció un instante, más pronto se repuso y tomando la vieja espada de Mudarra que en el cuarto de su padre colgaba, besó a este en la frente, y con fiero ademán salió dispuesto a retar al insolente conde, sin miedo a su inmenso poder ni a su valor probado...

PARTIDA DE RODRIGO

Ya estáis vengado, padre! No a traición, sino en buena lid, en leal desafío y frente a frente dí muerte al conde Lozano, vuestro ofensor. Y no por venganza, sino por justicia, que no es de infanzones de pró ni de

hombres bravos, el herir en el rostro y en la honra a un anciano que no puede defenderse. Sabed que osó reirse de mi reto, que no quería aceptarlo por creerme demasiado niño... más niño y todo le he vencido con la ayuda de Dios. Y sabed también que él llevaba consigo al palenque sesenta caballeros, y que los míos eran solo treinta... Y así y todo, le he vencido, padre, le he vencido en justicia y buena lid!

Calló un punto Rodrigo, mientras su padre con lágrimas en los ojos le abrazaba, y fuera en la explanada del castillo, se oyeron clamorosos los gritos de las gentes de Vivar que vitoreaban al héroe. Rodrigo continuó de esta manera:

—Ya estáis vengado , padre, y no a traición. Muerto está el conde Lozano y con justicia. Ya podéis vos dormir tranquilo, más no así yo que he perdido para siempre mi único bien, al perder el amor de la bella Jimena. Porque ¿cómo puede ser su esposo, el que mató a su padre? Y si ella no ha de ser mía ¿para qué quiero yo la vida, padre mío? Por eso he decidido, marchar ahora mismo a la guerra, pues los moros cada vez más envalen-

tonados han llegado ya hasta Montes de Oca, destruyendo cuanto a su paso han encontrado en el camino de Santo Domingo, Belforado, Nájera y Logroño... A la guerra parto, padre, caballero en Babieca, y a la cabeza de mi hueste ; a luchar voy por Castilla y por la cruz : si vuelvo, por mi fé que con las banderas enemigas que traiga, podréis entoldar las ventanas y balcones del castillo y alfombrar sus salones y escaleras.

Lanzó el clarín al aire su bélico son : resonaron las losas del patio bajo las herraduras de los caballos ; armóse de todas armas la hueste de Vivar y al grito guerrero de ¡ Vivar por Castilla ! partieron Rodrigo, y sus caballeros, al encuentro del infiel.

En tanto la más hermosa, la más noble y la más rica entre todas las doncellas castellanas ; la que tenía el cabello como un rayo de sol partido en hebras, y la piel tejida con los nardos de Mayo ; la noble Jimena Gómez, en fin, se arrojaba a las plantas del rey Fernando I de Castilla para pedirle justicia contra Rodrigo Díaz de Vivar, matador de su padre.

¡ IA, SID !

Habían pasado muchos días desde aquel en que partiera de Castilla Rodrigo Díaz de Vivar. No se tenía noticia alguna de él, y a fé que eran muchos los que le esperaban con ánsia. Esperábale el anciano don Diego, inquieto por la vida del hijo tan amado ; esperábale el rey para castigarle, que de ello había dado su palabra a Jimena ; esperábale el infante don Sancho porque como a un hermano le quería y confiaba poder librarle con su protección de las iras del rey ; y esperábale Jimena, en fin, porque en el fondo de su corazón no había dejado de amarle ni un instante... Y así habían pasado muchos días desde aquel en que Rodrigo Díaz de Vivar partiera de Castilla...

Cuando, he aquí que un día estando el rey en el consejo rodeado de los jueces, los sabios y los nobles de la corte, oyóse en la plaza un gran estruendo de vítores y palmas, de clarines, trompetas y tambores, de ir y venir de gente con armas, de arrastrar cadenas y pia-

far de corceles, y chillar de mujeres y chiquillos en extranjera y nunca oída lengua.

Asomóse el buen rey al balcón de palacio, deseoso de conocer la causa de tan inusitada algarabía y vió el espectáculo más peregrino que imaginarse puede.

Rodeado de un inmenso gentío que se atropellaba por acercarse a él, se adelantaba hacia palacio el noble infanzón de Vivar, Rodrigo Díaz, caballero en Babieca y cubiertos —hombre y caballo—de hierro hasta los dientes. Tras el caballo de Rodrigo, y cubiertos también de sangre y de polvo, venían nada menos que cinco reyes moros vestidos a la musulmana usanza, y arrastrando gruesas cadenas. Eran los cinco reyes que habían osado penetrar en Castilla, y a quienes Rodrigo había vencido y cautivado.

Detrás de ellos venían otros cuatro mil cautivos moros, entre los que se contaban guerreros muy temidos y *jeques* muy poderosos y buen número de mujeres moras y niños pequeñitos. Y por último, venía la mesnada de Rodrigo—cargados todos sus hombres con multitud de banderas y trofeos—y toda la

gente de Vivar y muchos burgaleses y burgalesas que seguían al héroe formando con atabales y trompetas y clarines y voces el estruendo que tanto había llamado la atención del rey.

Cuando Rodrigo estuvo al pie del regio balcón se descubrió, y dirigiéndose al monarca, dijo así:

—Señor: un día, siendo yo aún muy pequeño, dijisteis a mi padre que en mí tenía un fiero cachorro de león; hoy el león ha hecho su primera presa y viene a ponerla a vuestras plantas. Un conde os *quité* y os traigo cinco reyes; ¡no perdéis en el cambio!

—Mucho me place tu valor y tu fortuna—dijo el rey—, pero aún me place más tu lealtad al venir a traerme la soberbia presa que es tuya, pues que tú la has ganado. Y yo, por el gran servicio que has prestado a tu patria librándola de sus feroces enemigos, quiero que estos reyes que humildes te siguen, sean tus esclavos, pues que ya, según veo, te tratan como a su señor.

A esto Rodrigo y sus cautivos y su hueste habían entrado en palacio seguidos de una bue-

na parte del inmenso gentío que por ver al héroe y a sus moros corría y se apretujaba.

El rey se adelantó a recibir al de Vivar, le besó en ambas mejillas, y después volviéndose al moro que por su más digno porte y más rico vestido le pareció ser jefe de todos los demás, preguntóle :

—Decid, vosotros, hijos de Mahoma : ¿quién es vuestro señor?

Y todos a una respondieron :

—¡ Sidi Rodrigo !

—Ya lo ves—dijo el rey—, tuyos son.

Entonces el infanzón de Vivar, cuyo noble corazón iba a la par de su fuerte brazo, habló de este modo a los musulmanes :

—Sois míos ; os he ganado y el rey os hace mis esclavos, mas yo no necesito otros esclavos que mi brazo y mi espada ; sois libres, pues, de regresar a vuestras tierras con vuestras mujeres y vuestros hijos, si hacéis aquí mismo solemne juramento de rendir tributo todos los años a mi rey.

Los moros creían que—al uso de sus tierras—la cautividad no podía tener otro fin que la muerte, ¡ juzgad cuál sería su reconocimiento

y su alegría ante la promesa de la ansiada libertad!

Se prosternaron ante Rodrigo, le besaron muchas veces los pies, con humildad, y extendieron solemnemente la mano hacia Oriente, en señal de juramento. Después empezaron a dar gritos en su jerga, armando una algarabía de dos mil demonios, en la que tan sólo se distinguían estas dos palabras:

—¡*Ia, sid*! ¡*ia, sid*! ¡*ia, sid*!

Curioso y extrañado don Fernando, preguntó a Rodrigo qué querían decir.

—Rey mío—contestó el mozo sonriendo—: me aclaman diciéndome en su lengua: ¡*salve, señor*! ¡*salve, señor*!

Y dijo el rey tomando a Rodrigo por las manos y presentándolo a los jueces, a los nobles y al pueblo:

—Pues que *Cid* quiere decir *señor* entre los moros, y señor de moros es Rodrigo Díaz, desde hoy ostentará el título de Cid y ante él se inclinarán cristianos y agarenos.

—¡*Ia, sid*! ¡*ia, sid*!—volvieron a gritar los musulmanes, comprendiendo bien las palabras del monarca cristiano.

—¡ Viva el Cid !—repitió a su vez don Fernando.

—¡ Viva el Cid !—repitieron a una mil voces en atronadora gritería.

Y desde aquel día Rodrigo Díaz de Vivar fué conocido en el mundo entero por el noble apodo de «El Cid», que él hizo glorioso e inmortal.

PODER DE AMOR

En cuanto Jimena supo la llegada del de Vivar a Burgos, se presentó fiera y hosca en la corte, demandando una vez más justicia al rey. Pero el rey estaba loco de entusiasmo por el Cid Rodrigo, en cuyo brazo comprendía que tenían su mejor defensa la causa de la cruz, y la grandeza de Castilla. Y el caso era, que a Jimena tenía dada palabra de atender su demanda... En fin, el buen Fernando, no sabiendo cómo arreglar aquel asunto, lo encomendó a la sabiduría de sus hijos, los infantes don Sancho y doña Urraca.

Habló la infanta al corazón de Jimena y fácilmente comprendió que jamás la hermosa

doncella había dejado de amar tiernamente a Rodrigo... Que después de todo, si el mozo hizo lo que hizo, no fué a traición, sino lealmente en el palenque de los caballeros, y no pudo haber obrado de otro modo ante la grave ofensa con que el orgulloso e insolente conde agraviara a su padre...

Y don Sancho, que tenía sus buenos ribetes de letrado, desenterró yo no sé qué leyes de los tiempos de Maricastaña en que se mandaba «que el que dejara a una mujer huérfana o viuda, fuese su esclavo o la diera mano de esposo».

El caso fué que tanta y tan buena maña se dieron los infantes para arreglar las cosas, que pudieron lograr que Jimena y Rodrigo se vieran y se hablaran...

Y como los dos jóvenes se amaban desde niños, y como el amor es señor y rey, y donde él está es tan sólo él quien manda y dispone, se olvidaron rencores, agravios y tristezas... ¡y se preparó el ajuar para la boda!

BODAS DEL CID

¡ Nunca se vieron en Castilla bodas como aquella ! ¡ A fe que don Fernando I sabía hacer las cosas ! Pues él quiso ser el padrino y correr con todos los gastos, y celebrar el banquete nupcial en su real palacio. Y los regalos que hizo a la desposada fueron tantos y de tanto valor, que tres escribanos sin parar de escribir un sólo instante, tardaron tres días con tres noches en hacer el inventario de ellos.

El buen pueblo de Burgos—que en el Cid veía ya a su héroe popular y en Jimena a la rosa más preciada de todo su jardín—quiso también festejar a los novios. Las calles se alfombraron de flores, y la juncia, la madreselva, la retama y el trébol, perfumaron intensamente toda la ciudad. Los balcones y miradores se engalanaron con colchas y damascos, alfombras y banderas. En los lugares por donde debía pasar el cortejo, se levantaron con juncos, flores y cañas unos arcos tan pulidos y esbeltos, que el verlos daba gozo, y hasta el más pobre burgalés estrenó en aquel día su buen traje de fiesta. Se armaron muchas músicas y se encendieron luci-

das luminarias... Mas callad, que ya viene la comitiva...

Van delante los novios, cogidos de la mano, tan gentiles los dos, que los ojos de los hombres no se apartan de Jimena, y los de las doncellas no dejan un punto de mirar a Rodrigo, y los ancianos los bendicen, y los niños se emboban contemplándoles. Las rubias trenzas de Jimena van entrelazadas con gruesas sartas de perlas. Y perlas, y amatistas y topacios cubren también su garganta y sus hombros en collares y relicarios, y en pulseras, ajorcas y anillos sus brazos y sus manos. Su traje es de damasco todo bordado en oro, y en la cintura lleva un gran abanico de plumas de papagallo, y en la cabeza una corona de la que pende un manto de gasa de plata. Y entre el relucir de tanta joya y los destellos de la propia hermosura, resplandecía la novia como un sol.

¡ Pues y Rodrigo ! Más galán que Gerineldo nos le pintan las crónicas de entonces, con su justillo de brocatel todo almenado, el birrete de grana con larga pluma de gallo, y los guantes y borceguíes de ante, y la espada Tizona—ga-

nada en Montes de Axa a los moros—pendiente del costado por cuatro ganchos de pulida plata.

Detrás van el rey y la reina arrastrando con majestad sus mantos de corte sobre la florida y perfumada alfombra. Y los siguen los infantes don Sancho, don Alfonso y don García, y las dos infantitas, tan bellas ambas, que el pueblo las compara con el sol y la luna. Y los pertigueros, los concejales y los jueces de Burgos, y la mesnada de Vivar y las damas, los cortesanos, y los ricos hombres, y el pueblo en masa, en fin.

Los graciosos de la ciudad prepararon vistosas mojigangas, primitivas y sencillas como era el uso en aquellos tiempos, pero que hicieron soltar la carcajada al mismo rey. Hubo gigantes y enanos, toros y caballos que andaban en dos pies asustando a la chiquillería, carreras de burros y de sacos, cucañas, diablillos colorados que repartían confites entre las mozas y vegigazos entre los chiquillos. Y de todas las bocas salía el mismo grito :

—¡ Vivan, vivan los novios ! ¡ Viva el vale-

roso Rodrigo, y la hermosa Jimena Gómez, su consorte!

En fin; ¿qué más puede contarse de una boda? En la iglesia, durante la ceremonia se echó el resto en magnificencia, incienso, pláticas, músicas y cánticos; y en palacio se dió un espléndido banquete en el que hubo riquísimos manjares para hartar a todo Burgos, y aún sobraron más de la mitad.

A los postres un juglar entonó pulido romance en que se loaban el valor y caballerosidad del Cid, y la virtud y hermosura de Jimena. Por él sabemos nosotros estas bellas y placenteras cosas, y por él sabemos también que el rey puso una cadena de oro al cuello del cantor, en premio a su buena gracia para entonar coplas y a su gran habilidad para hilvanar romances.

«RODRIGO Y EL LEPROSO»

Celebradas ya las bodas,—Con gran pompa y alegría
De Rodrigo con Jimena—A quien tanto el rey quería,
Pidió el Cid al rey licencia—Para ir en romería
A Santiago de Galicia,—Pues prometido lo había.
El rey túvolo por bien,—Muchos dones le daría,
Rogóle volviese pronto,—Que es cosa que le cumplía
Lleva el Cid cien caballeros—Que van en su compañía,



—San Lázaro soy, Rodrigo, y para hablarte venía

Van dando muchas limosnas—Por Dios y Santa María.
Allá, en medio del camino—Un leproso aparecía
Metido en un lodazal,—Que salir de él no podía.
Grandes voces está dando;—Por amor de Dios pedía
Que le sacasen de allí,—Que Dios se lo premiaría.
Al oirlo don Rodrigo,—Del caballo descendía,
Ayudólo a levantar—Y al caballo lo subía.
Se lo llevó a la posada—Con él su cena partía;
Les hicieron una cama,—Los dos en ella dormían.
Allá, hacia la media noche,—Cuando Rodrigo dormía,
Siente un soplo por la espalda,—Del leproso él lo creía.
Mas no hallándole en la cama,—A voces lumbre pedía.
Ya le traen la luz que pide,—Y al leproso no veía;
Cuando está más descuidado, vé un hombre que hacia él venía
Todo vestido de blanco,—Que de este modo decía:
—¿Duermes, o velas, Rodrigo?—No duermo—él respondía—
Mas, dime, ¿quién eres tú,—Que tanto resplandecías?
—San Lázaro soy, Rodrigo,—Y para hablarte venía,
Soy el leproso con quien—Cena y lecho tú partías.
Rodrigo, Dios bien te quiere,—Y otorgado te tenía
Que lo que tu comenzares—En lides o en otra vía;
Lo acabarás con gran honra,—Que aumentará cada día;
Te respetarán los tuyos,—Te temerá la morisma,
Y tendrá cristiana muerte—Tu persona no vencida;
Que a tí, vencedor de infieles,—Dios su bendición envía!—
En diciendo estas palabras,—Presto desaparecía.
Levantóse don Rodrigo,—Y de hinojos se ponía,
Dió gracias a Dios del cielo,—También a Santa María,
Y así estuvo en oración—Hasta que se hizo de día!

EN LA GUERRA ESTÁ RODRIGO

La unión de sus ricas haciendas hizo de Rodrigo y Jimena los castellanos más ricos de toda Castilla, tanto, que se dijo con jus-

ticia, que sólo el rey era en el reino más que ellos. De Asturias, del solar de los Lozanos recibía Jimena buenas rentas y muy abundantes y sabrosos frutos, que sus colonos le enviaban, y en Vivar poseía Rodrigo doscientas casas, muchas tierras y heredades, un santuario y el castillo roquero que habitaba. Y las gentes de Vivar miraban a Rodrigo casi como a un Dios, y a Jimena como a una santa, y así iban todos viviendo dichosos y contentos si la maldita guerra no hubiera separado a cada instante a los que tanto y tan tiernamente se querían.

Porque sucedía que los moros hacían frecuentes incursiones en tierras de Castilla o que los ya sometidos se negaban allá en su país, a enviar las párias que al rey castellano debían, y entonces ya se sabía, era el Cid—caballero de Babieca, en la mano, desnuda y reluciente la Tizona — el llamado a arreglarlo todo, echando con cajas destempladas a los osados invasores, u obligando por la fuerza de las armas a los vasallos desleales, a pagar el debido tributo.

Apenas dos o tres semanas al año pasaba el

Cid en Burgos, al lado de su dulce esposa. Cuando se iba, la misma Jimena le vestía la pesada armadura y no consentía que nadie sino ella misma le calzara la espuela. Y si al verlo partir, derramaba amargas y abundantes lágrimas, no hay palabras que puedan expresar cuál era su alegría al verlo volver siempre victorioso, cargado de banderas enemigas y de ricos trofeos, cada vez más glorioso y más querido de grandes y de chicos.

Y así pasaron, no un día ni dos, sino muy largos años...

La fama de Rodrigo ya no cabía en las Españas, y el poder de su brazo no sólo entre la musulmana gente era temido. También con los más poderosos entre los monarcas cristianos se las hubo, y a todos impuso su ley, siempre que de engrandecer y honrar a su patria, la noble Castilla, se tratara. Tan orgulloso estaba del solar en que naciera, y en tanto tenía a su patria y a su rey, que según las viejas crónicas nos cuentan, estando un día en Roma, ante el Padre Santo, y al darse cuenta de que el sillón del Emperador de Alemania ocupaba un lugar preferente al del rey de Castilla, de-

rribó e hizo añicos el escaño imperial y puso en su lugar el de su señor, don Fernando, el castellano.

Que el orgullo del Cid—orgullo bien cifrado en la justicia y la grandeza de su causa—iba a la par de su valor y su nobleza. Por eso los suyos le adoraban, los contrarios le temían, y todos, amigos y enemigos, le estimaban. Y esto duró, no un día ni dos, sino muy largos años...

En ellos, peleando en un torneo con Martín González, el más valiente caballero de Aragón, conquistó a Calahorra; venció al moro Abdallah, que hacía tiempo asolaba las tierras castellanas; cautivó numerosas huestes musulmanas; hizo suya a Coimbra, y guerreó sin cesar por Castilla y por la Cruz.

Sólo de tarde en tarde llegaba en busca de reposo a su castillo de Vivar, donde le aguardaban sus mayores glorias y sus tesoros más preciados; Jimena, su dulce y bella esposa y las dos hijas que el cielo les había concedido, dos niñas a quienes el rey, su padrino, había puesto por nombres Sol y Elvira, y que eran en verdad tan lindas como las mismas estrellitas del cielo.

SITIO DE ZAMORA

II

SEGUN DICE LA HISTORIA

Murió el rey don Fernando I de Castilla. Como había sido bueno y justiciero le lloraron los pobres y los ricos, y le lloró más que ninguno el buen Cid Rodrigo a quien él tanto amaba. Y para asistir a las reales exequias vino el Cid desde las luenguas tierras donde se encontraba peleando.

Murió el buen rey Fernando, mas antes de morir dividió en trozos la tierra que con tanto esfuerzo había ganado palmo a palmo, y unido hasta formar un vasto imperio. Porque quiso el rey—en la hora de la muerte más buen padre que justo soberano—dejar a todos sus hijos ricos y contentos, y así dió a Sancho, el mayor, el reino de Castilla, a Al-

fonso, Asturias y León, a García, el reino de Galicia, a Urraca la ciudad de Zamora y a Elvira la de Toro. Con ello no sólo dividió su hermosa patria sino que—muy al contrario de lo que en su lecho de muerte imaginara—hizo infelices a todos sus hijos que desde aquel momento se odiaron y pasaron el resto de su vida peleando entre sí.

Don Sancho, más que ninguno protestó y se consideró desheredado injustamente, pues siendo el mayor, según decía no exento de razón, le correspondía heredar el reino entero. Y abandonando la grande y bella empresa de la contienda con los moros, se dedicó a luchar con sus hermanos, fiado en que de su parte estaba la justicia, y en que a su lado tenía al Cid con su brazo de hierro, pues siendo él monarca de Castilla a él debía prestar vasallaje el león castellano.

Juntos, pues, emprendieron la tarea de reconstruir el imperio de Fernando I, y que juntos fueron de victoria en victoria no hay para qué decirlo tratándose de empresa que apoyaba el Cid Rodrigo Díaz y en la que le acompañaban los mejores de su mesnada: Alvar

Fáñez Minaya, Galindo García, Alvaro Salvadorez, Diego Ordóñez, Martín Antolínez y otros mil infanzones de pró, guerreros muy valientes y esforzados.

Al grito de: ¡ Castilla una por don Sancho ! vencieron en Carrión a don Alfonso, y don Sancho, a quien cegaba la ambición, le hubiera dado muerte, si el buen Cid no lo hubiera impedido. Mas, si gracias a la generosidad del Cid salvó Alfonso la vida, tuvo que escapar de su reino y ponerse bajo la protección del rey moro de Toledo. Y así pasó León a unirse de nuevo con Castilla bajo el poder de don Sancho.

Ya en sus manos León, se revolvieron los bravos castellanos contra Galicia, y como don García, su rey, era cruel, ignorante, vicioso, y muy odiado de los suyos, les fué cosa fácil vencerle y añadir de nuevo Asturias y Galicia al ya floreciente reino castellano.

Y después hicieron suya la ciudad de Toro —patrimonio de la infanta Elvira—y muy contra la voluntad del Cid—que tenía a menos emplear su espada en despojar a mujeres— pusieron cerco a Zamora, la hermosa y fuerte

ciudad tan codiciada por don Sancho, que por poseerla, diera—según decía—a Medina y a Tiedra, a Valladolid y a Villalpando.

ZAMORA POR DOÑA URRACA

¡ No fué cosa de una hora, ni de un día, el ganar a Zamora ! Sus murallas eran las más altas y fuertes que han defendido jamás a ciudad alguna ; sus puertas tan recias, que una balla de cañón no alcanzara a atravesarlas ; a las troneras de sus fuertes asomaban potentes máquinas de guerra y en sus fosos se amontonaban municiones y más municiones...

Fuerte era, pues, la defensa que Zamora tenía en sus altas murallas, en sus bien pertrechados fuertes y en sus recias puertas, pero mejor defensa eran aún los pechos de los zamoranos, gente leal y esforzada, a quien acaudillaba Arias Gonzalo, anciano caballero «de mucho valor y gran prudencia, y de cuyos consejos se valía la infanta doña Urraca para las cosas del gobierno y de la guerra».

Y llegaron los valientes y osados castellanos al pie de la ciudad, y le pusieron cerco

con tan bélico aparato, que nadie diría que trataban de reducir a una pobre mujer, sino que iban a conquistar todos los imperios de la tierra. Y pasaron días y más días y las piedras de los muros de Zamora caían al empuje de las catapultas de los del rey, y los cubos y almenas salían de sus sitios con estrépito formidable... y no se rendía la valiente Zamora, bien defendida por los leales pechos zamoranos.

Mas callad... He aquí al Cid Rodrigo Díaz de Vivar, que, montado en Babieca, se adelanta para presentar a la infanta sus condiciones. He aquí a doña Urraca en persona, que se asoma entre las almenas del muro para escuchar al parlamentario.

—Señora—dice el Cid—: Ved que estáis en situación desesperada. Nuestras armas y potentes máquinas de guerra han destruído casi, las fuertes murallas de vuestra ciudad; dentro de ella sus habitantes estrechados por el cerco padecen el hambre más cruel; y mueren los niños y los ancianos y lloran y se lamentan las mujeres. No es la intención de vuestro hermano el haceros sufrir de tal ma-

nera; no pretende mi señor y rey despojaros de vuestro patrimonio dejándoos pobre y humillada. Mas necesita la ciudad de Zamora en pró de la unidad de Castilla, la tierra gloriosa, y os dá a elegir a cambio de ella la ciudad que gustéis entre todas las de Castilla, León, Asturias, o Galicia. Y si queréis que se retire el cerco, debéis contestarme ahora mismo.

Doña Urraca con fiereza tal que a su voz retemblaban las piedras, contestó:

—¡Afuera, afuera, traidor Rodrigo Díaz! Jamás pude pensar que fueras tú a quien tanto amé, el que viniera a despojarme de mi hacienda. Debieras recordar como te criaste en nuestro alcázar y como siempre fuí para ti una hermana; debieras recordar aquellos tiempos en que comíamos a la misma mesa y leíamos en el mismo libro, y nuestros juegos y nuestros pensamientos eran unos. Debieras recordar cuándo mi padre, el rey Fernando, te armó caballero en Coimbra, y mi madre te dió el caballo, y yo me tuve por muy honrada calzándote la espuela. Que si no te hubieras casado con Jimena serías hoy esposo de una infanta de Castilla. Mas ya que preferiste a la

hija del rey la hija de un vasallo, vete ahora de mi presencia, ¡cruel Rodrigo Díaz! Di a tu señor, mi hermano, que no quiero sus villas ni ciudades de Castilla, León, Asturias ni Galicia; que quiero sólo mi Zamora, la que mi padre me legó en su testamento. Zamora es mía y mía será mientras queden en ella un hombre y una piedra. Si mi hermano llega a entrarla, ¡me encontrará muerta entre sus escombros, pero no rendida!

Tristemente la escuchó Rodrigo. Después espoleó a Babieca y tornó al lado de los suyos, transmitiendo al rey el doloroso mensaje de su hermana. Y continuó el sitio durante días y más días, y no llevaban camino de rendirse los leales y valerosos zamoranos.

LA TRAICIÓN

Y he aquí que una noche—«el primer miércoles de Octubre», dicen las viejas crónicas—en que la niebla era tan espesa, que apenas se distinguían los dedos de la mano, quiso el rey don Sancho acercarse a las murallas de la ciudad para observar los estragos que en ellas

habían hecho sus máquinas de guerra. Sus huestes permanecían allá, en el campamento, y sólo le siguieron los caballeros que formaban su escolta y su consejo ; veinte de los mejores, entre los que no dejaban de contarse el Cid, y Diego Ordóñez, Pedro Bermúdez, Martín Antolínez y Alvar Fañez Minaya.

Recorrieron toda la muralla y cuando llegaban a un sitio donde una gran brecha les indicaba que hacia allí debían dirigir sus esfuerzos para entrar en la ciudad, sintieron tras el postigo un gran ruido de carreras y aterradas voces.

—¡ Abrid ! ¡ Cerrad ! ¡ Haced paso ! ¡ Cuidad que no se fugue !—decían los de dentro.

Y los del rey temieron no fueran los zamoranos que al ver su corto número intentaran echarse sobre ellos, mas como no conocían el miedo, no huyeron, sino que aguardaron en la sombra a los que de la ciudad salían.

Y rechinaron las cadenas, crugió el puente, se abrió el postigo, y un hombre veloz como el relámpago salió por él corriendo en dirección al campamento de don Sancho. Detrás de él, casi pisándole los talones, corrían tres caba-

lleros, llevando en la mano las espadas desnudas.

El que corría delante, cegado por la niebla, no vió el grupo que los castellanos formaban, y en su desatentada carrera, fué a dar de bruces contra el mismísimo rey, que apenas pudo sostenerse ante empujón tan violento. Hízose atrás el que huía y reconociendo inmediatamente a aquel con quien había tropezado, exclamó con alterada voz: —¡El rey!—Y fué a parapetarse detrás de él.

Entonces los que detrás venían, que eran Arias Gonzalo—el consejero de la infanta— y dos de sus hijos, reconocieron a su vez al monarca y deteniéndose ante él, bajaron las espadas.

—¿Qué es esto, caballeros?—dijo don Sancho empezando a darse cuenta de lo que sucedía—. ¿Cómo tres hidalgos atacan a uno solo?

—Me atacan—dijo el fugitivo—porque intento acercarme a vos y proponeros un acuerdo, según deseo de la propia infanta; mas ello no conviene a los Arias que son soberbios y

ambiciosos, y se empeñan en resistir el cerco contra la voluntad del pueblo.

—Guardaos, don Sancho, de las mentiras de ese hombre—gritó a su vez Arias Gonzalo—. Es Bellido Dolfos, viene de casta de traidores, y sólo podéis aguardar de él una traición.

—Ved, don Sancho—continuó Dolfos—como no pudiendo dar buenas razones usan de la calumnia para impediros que tratéis conmigo. Mas sabed que yo tengo en Zamora un partido que sólo aguarda una señal mía para abriros sus puertas. Coged prisioneros a los Arias—únicos que pueden impedirlo—y antes del día la ciudad es vuestra.

—¡ Miente !—rugieron a una los Arias—no hay en Zamora ni un solo traidor ; él es el único y no es zamorano, sino extranjero. Amparadle, si queréis, rey don Sancho ; cogednos a traición prisioneros, mas ved que nosotros nos descargamos ante Dios de lo que luego os pueda resultar.

—Don Arias—repuso el rey—yo no puedo rechazar a quien mi amparo busca, mas no soy capaz de armar trampas a un enemigo leal

como sois vos. Quédese Dolfos en mi campo, y volved vos libre a vuestra Zamora, que no ha de tardar en ser mía.

Volviéronse a Zamora los Arias, y tras ellos crujió de nuevo el puente, rechinaron las cadenas y se cerró el postigo. Y Bellido Dolfos, con gran disgusto del Cid, quedó en el campamento de los castellanos.

No pudo conciliar el sueño aquella noche el rey don Sancho, pues estaba tan inquieto y era tan vivo su deseo de entrar en la tan suspirada Zamora, que los minutos que le separaban aún del nuevo día, le parecían siglos.

Amanecía apenas cuando Bellido Dolfos entró en la tienda real.

—Señor—dijo—si queréis ver el postigo secreto por donde habéis de entrar en Zamora, es preciso que me sigáis.

—Llamemos al Cid—contestó el rey.

—Eso no—repuso el extranjero—tan sólo yo he de acompañaros. Si no os fiáis de mí, volveré solo a Zamora. Ved, no llevo armas —añadió.

—Vamos—dijo el rey. Tomó su venablo y siguió a Bellido Dolfos.

A la incierta luz del alba recorrieron el campamento. Al pasar junto al sitio donde se hallaban el Cid y Alvar Minaya, el rey hizo seña a sus caballeros de que no le siguieran. Mas el Cid quedó inmóvil, sin perder un momento de vista el camino por donde se alejaba su rey.

Don Sancho y Bellido Dolfos anduvieron buen rato sin pronunciar palabra, y cuando estuvieron casi al pie de los muros de la ciudad, insinuó el rey :

—¿Y el postigo?

—Se comunica, señor—dijo Dolfos—con un aljibe seco que hay dentro de Zamora. Si queréis verle no tenéis más que trepar a este roble y podréis distinguir la poterna oculta entre los brezos.

Dejó el rey su venablo al pie del árbol para poder trepar con más desembarazo, mas apenas había ascendido algunas pulgadas, cuando su traidor acompañante, haciéndose dos pasos atrás para tomar vuelo, le arrojó su propio venablo, que le entró por la espalda atravesándole de parte a parte.

Cayó el rey bañado en sangre y el asesino,



...le arrojó su propio venablo, que le entró por la espalda...

montado a caballo, picó espuelas en dirección a la ciudad.

A pesar de lo rápida que fué la traicionera acción, no lo fué tanto que el Cid desde el campamento no viera al rey caer. Rápido como una flecha montó el primer caballo que encontró y salió en persecusión del vil traidor, mas en su precipitación olvidó calzarse las espuelas, y el animal, acostumbrado al acicate, no llegó a alcanzar al fugitivo.

Y el traidor Bellido Dolfos pudo atravesar el postigo, que se cerró tras él, y quedar seguro dentro de la ciudad, mientras a sus mismas puertas exclamaba Rodrigo con impotente ira :

«—¡ Maldito sea desde hoy el caballero que monte sin espuelas !»

EL RETO

Cuando Rodrigo llegó a donde el rey yacía, don Sancho agonizaba ; le rodeaban todos sus caballeros y por miedo a apresurar su muerte, no osaban arrancarle el cruel dardo que le atravesaba de parte a parte. El Cid se arrodilló a su lado, y le tomó en sus brazos y los

ojos del bravo león castellano derramaron abundantes lágrimas.

—Rodrigo Díaz—pudo decir el rey haciendo un sobrehumano esfuerzo—tú eres el más leal y el más noble caballero de toda la Castilla. Cuando yo muera quiero que en mi nombre pidas perdón a todos mis hermanos. Diles que no me llevaron a guerrear con ellos ni la ambición ni el odio, y sí sólo el amor a mi patria, a la cual soñé ver una y grande como en los tiempos de mi padre... Rodrigo:... cuando yo muera... mis hermanos han de hacerte sufrir;... no pongas tu brazo ni tu fe al servicio de los hombres, que son ingratos;... guerrea siempre... ¡por la Cruz y por Castilla!

Dijo, y expiró.

El llanto del Cid y de sus fieles caballeros pudo oirse en muchas leguas a la redonda, y la confusión entre las mesnadas castellanas, leonesas y gallegas era indescriptible. Al fin, Alvar Fañez Minaya, dejó oir su voz potente:

—No resucitaremos al rey con nuestro llanto—dijo—. Acaben las lágrimas y pensemos ante todo en vengarle. Que uno de nuestros

caballeros rete a Zamora por su gran alevosía, y que la ciudad nos envíe sus campeones como en Castilla se acostumbra, o que venga sobre nosotros la guarnición entera; es igual. Dios dará la victoria a aquel que tenga de su parte la razón.

Entonces dijo Martín Antolínez, el burgalés de pró:

—¡El campeón de Castilla no puede ser otro que Rodrigo Díaz!

Y dijo el Cid:

—Juré al rey don Fernando no hacer armas en contra de ninguno de sus hijos. No puedo, pues, ser campeón contra doña Urraca, mas daré uno de mis mejores caballos para que combata por Castilla. He aquí a Diego Ordóñez, de la casa de Lara, los caballeros más preclaros de España.

En tanto, dentro de la ciudad reinaba también la más espantosa confusión. Había llegado hasta los de Zamora la noticia de lo ocurrido al monarca castellano, y siendo leales los zamoranos por no aparecer como traidores, buscaban con ahinco a aquel que a los ojos del mundo así los deshonraba. Mas el

traidor Bellido debía tener un buen escondrijo preparado, o la huída segura de antemano, porque ni pudieron encontrarle en toda la ciudad ni jamás volvió a saberse de él. Y Arias Gonzalo y sus hijos se lamentaban con amargura y se inculpaban duramente por haberle dejado escapar la noche antes...

En esto, Diego Ordóñez de Lara se adelanta hasta las murallas, seguido de su escudero. El escudero suena el clarín por tres veces, y don Diego lanza con fiereza su reto. Oidle :

«Yo os reto, los zamoranos,—Por traidores fementidos ;
Reto a todos los muertos,—Y con ellos a los vivos ;
Reto a hombres y mujeres,—Los por nacer y nacidos,
Reto a los que son ancianos—Y también reto a los niños ;
Reto al pan, reto a las aguas,—Reto a las carnes y al vino,
Reto a las yerbas del monte,—Reto a las piedras del rio !
. . . .
Porque dentro de esa villa—Acogísteis al malvado
De Bellido, ese traidor,—El que mató al rey don Sancho,
Y los que acojan traidores,—Traidores serán llamados,
Por eso os lo llamaré,—Así como estoy armado,
Y lidiaré con aquellos—Que no quieran confesarlo,
O con cinco, uno a uno,—Como en España es usado.
Fementidos y traidores,—Escuchad como os lo llamo ;
¡Fementidos y traidores,—Sois todos los zamoranos !

EL PALENQUE

Seis días con seis noches, dentro y fuera de la ciudad, buscaron los zamoranos con afán al traidor Bellido Dolfos. Y seis días seguidos lanzó Ordóñez de Lara su espantable reto al pie de la muralla...

En la mañana del séptimo día don Diego Arias y sus cuatro hijos se presentaron en palacio, rasgaron ante la infanta sus largos capuces, y aparecieron en traza guerrera cubiertos de relucientes armaduras.

—Dolfos no parece—dijeron a doña Urraca—. Y para no quedar como infames traidores es preciso contestar al reto de los de Castilla. Mis hijos y yo vamos a batirnos en el palenque con Ordóñez de Lara.

La infanta rogó y suplicó a don Diego que no fuera, diciéndole, entre lágrimas, que si él moría quedaba ella desamparada. Pero don Diego fué inflexible.

—Yo entraré el último en la liza—dijo—. Si mis cuatro hijos mueren antes que yo, ¿para qué querré la vida?

Y la infanta lloró y se lamentó de que qui-

sieran dejarla tan sola e indefensa. Don Diego entonces, saliendo a la plaza de armas, se dirigió al pueblo:

—¡Nobles zamoranos!—gritó—. Voy con mis hijos a morir, si es preciso, por la honra de Zamora. Mas no quisiera morir como bueno por una mala causa. Por eso quiero saber que la lealtad que voy a defender es cierta. Si hay entre vosotros alguno que tenga parte o conocimiento en la muerte de don Sancho o en la huída de Dolfos, yo le conjuro por lo más sagrado a que aquí lo declare. Y si sois inocentes—dijo sacando un pequeño crucifijo—juradlo por Cristo, que nos oye.

Por tres veces los habitantes de Zamora juraron por Cristo ser inocentes de la muerte del rey de Castilla. Y don Diego y sus hijos se dispusieron a salir de la ciudad. Doña Urraca, en la mayor aflicción, echó los brazos al cuello del anciano llamándole padre, y no queriéndole dejar, pero él se desasió, suavemente. Y partió hacia el palenque con sus hijos.

Ya está la arena bien nivelada y limpia; ya los jueces de campo miden el terreno; ya los pregoneros con vigorosa voz anuncian las



Sacan entonces las espadas y a un fuerte mandoble...

condiciones pactadas entre ambos partidos; ya el Cid dá la señal de que se abre la liza, y entra en ella Diego Ordóñez de Lara cubierto de negra armadura, en cuya cimera ondea nutrida cresta de airosas plumas blancas.

Por el lado opuesto, entra el más joven de los Arias; don Pedro. Es casi un niño, calza espuelas de oro y monta un caballo árabe inquieto y ocioso.

Suena el clarín: arrancan los caballos, y topan los dos caballeros con fuerza tal, que quedan hechas astillas sus dos lanzas. Sacan entonces las espadas, y a un fuerte mandoble de Ordóñez de Lara queda Pedro Arias fuera de combate. Allá, tras las murallas, se oía el llanto de la infanta y de sus damas.

Quedó el de Lara en su puesto, tomó una segunda lanza, y entró en el palenque el segundo de los Arias a quien llaman Diego, como a su padre. Sale el mozo ciego de ira y de rabia, con ímpetu tal, que al primer golpe rompe su lanza contra el hombro derecho de Ordóñez, causándole una herida de la que mana sangre en abundancia. Mas el de Lara no se arredra, que según la ley caballeresca,

no se dá por vencido un campeón mientras no cae a los pies de su adversario. Pide, pues, otra lanza y con el brazo sano ataca tan rudamente a su contrario, que lo derriba del caballo. Y queda excluído del combate el segundo hijo de don Diego Arias y se oyen tras el muro los lamentos de la infanta y de sus damas.

Los castellanos quieren que Ordóñez de Lara se retire a curarse el brazo herido, mas el campeón de Castilla grita a su escudero:

—¡Otro arnés y otro caballo!—y espera tranquilo al tercer campeón de Zamora.

—Vé, Hernando Arias—se oye decir al anciano consejero de la infanta—vé hijo mío a probar con tu sangre la lealtad de Zamora, nuestra noble ciudad.

—¡Partid!—grita el heraldo. Y como dos piedras disparadas por dos hondas, los contrincantes parten y se encuentran, luchan, se separan, se acercan, espolean el caballo o lo refrenan y se dan golpes tan fuertes y tajantes, que parece imposible que ninguno de los dos pueda quedar con vida. Empuja a Ordóñez de Lara el afán de vengar a su rey; al de Arias,

el deseo de dejar libre a su ciudad del infamante reto, y el corage de los dos es tanto, y sus esfuerzos van tan a la par, que parece que el combate no va a acabarse nunca, o va a acabar con la muerte de los dos campeones.

Al fin don Diego da en la cabeza a Hernando un golpe tan fuerte, que como a sus hermanos le derriba al suelo, pero Hernando al caer, lleno de rabia y de dolor, vuelve la espada contra su enemigo y en su afán por herirle, no alcanza sino a cortarle la brida del caballo. El animal, al sentirse libre se espanta, emprende loca carrera, salta la estacada, y saca a su jinete del campo de la liza.

La confusión es indescriptible: —¡Ha huído! ¡Se da por vencido!—dicen unos—. ¡Fué el caballo el que huyó, no el caballero! —dicen otros—. ¡Debe volver a entrar! ¡háganle paso! ¡Fué un buen golpe! ¡No, que no fué leal! Y unos y otros se insultaban, y todos querían que fuese su bando el vencedor, mas la ley de la caballería es terminante, y dice: «*Aquel que por cualquier causa, saliese del campo, aunque sea vencedor, se supo-*

ne que abandona su triunfo, y dá por buena la razón de su contrario».

Y así, en aquel extraño caso quedó por vencedor Diego Ordóñez de Lara, y libre del infamante reto a la ciudad de Zamora. Detrás de la muralla, la infanta y sus damas enjugaban sus lágrimas...

DON ALFONSO, REY

Proclamó el buen Cid con voz potente el fallo de los jueces, y un ¡ Viva Rodrigo Díaz, el Cid castellano ! partió de ambos bandos atronando los aires. Los dos pueblos enemigos quedaron así conciliados, y los de Castilla se dispusieron a levantar el cerco. Y la infanta doña Urraca en persona, salió de la ciudad y bajó el campamento para dar las gracias al buen Cid.

Cuando, de pronto, vieron un nutrido grupo de jinetes que envueltos en polvo y haciendo temblar la tierra bajo los cascos de sus caballos se adelantaban hacia ellos.

—¡ Los moros ! ¡ los moros !—gritaron las gentes aterrorizadas.

Entonces el Cid montó en Babieca y con sus cien caballeros leales, se dirigió al encuentro de los que llegaban.

—¿Quién va?—preguntó llevando en la mano su desnuda Tizona.

—¡Haced paso!—le respondieron sin contestar a su pregunta.

—¿A quién?

—¡Al rey!

—¡No hay rey en Castilla!

—¡Sí le hay, y es don Alfonso sexto!

Y, en efecto, el infante don Alfonso, con gran séquito de cristianos y moros era quien ya entraba en el palenque. Salió la infanta, su hermana, a recibirle, y le echó al cuello, tiernamente, los brazos.

Pero los caballeros castellanos permanecieron mudos.

—¿Qué es esto?—dijo Alfonso—. ¿No quieren reconocerme mis buenos burgaleses?

—Señor—dijo el Cid, después de un instante de silencio—; Burgos desea pediros una gracia antes de reconoceros por su rey.

—Ya está concedida—dijo don Alfonso—; ¿cuál es?

—Que hagáis juramento de que sois inocente de la muerte de vuestro hermano Sancho. Cuando vos juréis, nosotros a nuestra vez, os juraremos—añadió el Cid con voz respetuosa, pero firme.

Don Alfonso, al verse así mandado por un vasallo, enrojeció de ira y frunció el ceño. Mas sabía muy bien que no se podían gastar bromas con el Cid, por tanto, dijo tímidamente:

—Juro...

—No aquí, señor—le interrumpió Rodrigo—; no aquí ni ahora, sino en Burgos y en el templo de Santa Gadea, donde los hidalgos juran y los reyes se coronan.

Acató Alfonso el mandato del Cid. Y en espera del real juramento quedó Castilla sin rey.

LA JURA EN SANTA GADEA

En Santa Gadea de Burgos—Do juran los hijosdalgo,
Le tomaban jura á Alfonso—Por la muerte de su hermano.
Se la tomaba el buen Cid,—Ese buen Cid castellano
Sobre un cerrojo de hierro—Y una ballesta de palo.
—Villanos mátente, Alfonso,—Villanos que non hidalgos
De las Asturias de Oviedo,—No con lanzas ni con dardos;

Con cuchillos cachicuernos,—No con puñales dorados,
Abarcas traigan calzadas—Que non zapatos con lazos
Capas traigan aguaderos—Non de contray ni frisado;
Con camisones de estopa—Non de holanda ni labrados;
Vayan cabalgando en burras—Que no en mulas ni caballos;
Frenos traigan de cordel—Non de cueros fogueados;
Mátente por las aradas—Non por villas ni poblados,
Y sáquente el corazón—Por el siniestro costado
Si non dijeres verdad—De lo que te es preguntado,
Si fuiste ni consentiste—En la muerte de tu hermano.
Jurado tiene el buen rey—Que en tal caso no es hallado;
Pero con voz alterada—Añadió muy enojado:
—Cid hoy me tomas la jura—Después besarme has la mano,
Entonces el Cid Rodrigo—De esta manera le ha hablado
—Por besar mano de rey—No me tengo por honrado,
Porque la besó mi padre—Me tengo por afrentado.

Juró don Alfonso su inocencia, y en la misma iglesia de Santa Gadea tuvo lugar la ceremonia de la coronación, que fué solemne. Fué pues, Alfonso Sexto, rey de León y Castilla, de Galicia y Asturias, y conservó a Rodrigo Díaz a su lado, más no pudo olvidar en mucho tiempo la humillación a que el Cid le había sometido, ni las terribles juras que sobre el cerrojo de hierro y la ballesta de palo había tenido que acatar.

El Cid volvió a su hacienda de Vivar y después de tan larga ausencia estrechó de nuevo entre sus brazos a su mujer Jimena y a Elvira

y Sol sus hijas. Su padre don Diego había muerto, y sabedor Rodrigo del rencor que le guardaba el rey y teniendo que ausentarse a cada instante del lado de sus prendas queridas, las condujo a San Pedro de Cardeña, monasterio cercano a Burgos, donde las dejó bajo la protección del virtuoso abad don Sancho.



DESTIERRO DEL CID

III

VENGANZA DE DON GARCÍA

Enviado por don Alfonso marchó el Cid Rodigo a Sevilla y a Córdoba; iba a cobrar el tributo que los reyes moros de aquellas tierras debrán pagar todos los años al monarca cristiano.

Más sucedió que a esto, el poderoso rey moro de Granada, Almutafar, apoyado por unos cuantos castellanos desleales—entre ellos Diego Pérez y Fernán y Lope Sánchez y el orgulloso conde García Ordoñez—decidieron atacar a Almutamiz rey de Sevilla, entrando por su reino a sangre y fuego. Y como el buen Rodrigo no tan solo en el servicio de su patria empleaba su espada sino que usábala tambien para defender, en toda ocación, la razón

y la justicia al saber el grave daño que los granadinos intentaban hacer al aliado de su rey envió cartas a García Ordóñez haciéndole saber que conocía su traición, y que de llevarse a cabo, se verián con él las caras en el campo.

Mas ya el rey de Granada y sus aliados los desleales ricos hombres castellanos caían esforzadamente sobre las tierras de Almutamiz, destruian cuanto hallaban a su paso, y contestaban con insolencia al Cid que no sería él quien se atreviera a echarlos de las tierras conquistadas.

¡Quien tal dijera al Cid Rodrigo Díaz! Inmediatamente reunió un gran ejercito de cristianos y moros y marchó contra el rey de Granada y los suyos, librándose una batalla que duró un día entero, de sol a sol, en la que los del Cid obligaron a sus enemigos a huir abandonando todo el terreno conquistado. Entonces fué cuando el Cid hizo prisionero en el castillo de Cabra al orgulloso conde don García y le arrancó por burla un mechón de las barbas.

Y tantos cautivos cogió el Cid, que fué imposible contarlos ; más tan solo los tuvo prisio-

neros tres días, pasados los cuales mandó que los soltaran. Que la generosidad del Cid en la paz igualaba a su valor en la pelea.

Luego se unió a los de su compañía, y reuniendo abundante y riquísimo botín, hizo que todo fuese llevado a Almutamiz, rey de Sevilla.

En esta ciudad todos aclamaron entusiasmados a su libertador, y no sólo le rindieron el debido vasallaje, sino que le entregaron incontables riquezas para que las regalara a su señor el monarca cristiano. Y cuando, portador de tan gratas nuevas, llegó el Cid a Castilla, fué recibido con gran pompa y agasajo; todos querían verle, escuchar el relato de sus muchas hazañas y saber cómo había vencido al poderoso moro Almutafar, rey de Granada. Fué entonces cuando al nombre de Cid—que en árabe quiere decir señor—se añadió por vez primera el de Campeador, con que se significó su gran bravura en las batallas.

Mas, antes que Rodrigo, había regresado a la corte el rencoroso conde don García, quien en lugar de agradecer al Cid su generosidad, no podía perdonarle su captura en el castillo

de Cabra, y ansiaba vengarse de la famosa bromita del mechón de las barbas. Por ello, no atreviéndose a luchar cara a cara con el vencedor de Almutafar, procuraba por todos los medios indisponerle con el rey.

—Señor y rey—insinuaba un día al monarca— : ¿cómo pueden las victorias del de Vivar haberos hecho olvidar su insolencia en Santa Gadea? Rey y señor—repetía al siguiente— ; ¿no veis cómo con crecer tanto y tanto la majestad de Rodrigo Díaz va menguando la vuestra? Y, ¿no sabéis, señor, que el Cid se alaba de tener a sus pies más reyes moros de los que vos tenéis por tributarios? Los ricoshombres y mesnadas que siguen al Cid formarían ya una corte como la vuestra. Mirad, señor, que las altanerías del Cid lo van subiendo más alto de lo que es preciso ; ved que los moros fronterizos lo adoran y temen como a un Dios. ¿No veis con qué poco respeto se presenta en las cortes con la barba desaliñada y el cabello crecido? Pensad, señor, que el que tuvo osadía para hacer jurar a su rey sobre la ballesta, puede un día tenerla para hacerse proclamar rey de su territorio...

Y así un día y otro llegó al fin don García a conseguir que el rey diera crédito a sus pérfidas insinuaciones. Y una infausta mañana llegó a manos del Cid un pliego autorizado con el sello real, en el cual se le hacía saber cómo se le desterraba de Castilla, se le confiscaban sus bienes, y se le daban nueve días de plazo para salir del reino.

EL CID CONVOCA A SUS VASALLOS

—Amigos, deudos y vasallos: sabed que el Rey Alfonso destierra de Castilla a vuestro Cid... Noble y justiciero es nuestro rey y el deber de un vasallo es obedecer a su señor. Por eso, «si él me destierra por uno, yo me destierro por cuatro», y es mi sólo pesar que las almenas castellanas puedan caer sin el sostén que les daba mi brazo. Por que hoy Alfonso me destierra de Castilla... Y si alguno quiere seguirme fuera de las fronteras del reino, sepa que junto a mi pobreza encontrará la gloria. Estrechas han de ser para nosotros

las cuatro partes del mundo [1] que hasta el último confin hemos de llevar nuestras banderas y estandartes. Y a las tierras que ganemos, por conservar el nombre de estas en que nacimos, les llamaremos Castilla la Nueva.

Así hablaba el Cid, al conocer la nueva de su destierro, a sus numerosos deudos y vasallos, Su primo Alvar Fáñez Minaya le contestó en nombre de todos.

—Con vos, Cid, con vos iremos por yermos y poblados, que no ha de faltaros nuestro brazo mientras podamos sostener con él la espada. Y desde ahora podéis disponer de nuestras personas, y de nuestros dineros, de nuestros vestidos y de nuestras mulas y caballos...

Contento quedó el Cid al ver el mucho amor que le demostraban todos sus caballeros. Y partieron todos de Vivar con dirección a Burgos, y dejaron abandonados y desiertos sus casas y palacios. Y al Cid tan valeroso y esforzado se le llenaron los ojos de lágrimas al

---

(1) Recuérdese que en aquellos tiempos lejanos aún no se había descubierto América.

volver la cabeza, y ver las puertas abiertas, los postigos sin candados, vacías las estancias, las perchas sin azores ni halcones...

Más hé aquí, que al salir de Vivar la comitiva, vió el Cid una corneja al lado derecho del camino ; y al entrar en Burgos la volvió a ver, pero del lado izquierdo. Lo interpretó Rodrigo como buen augurio y exclamó sacudiendo la cabeza :

—Albricias, Alvar Fáñez ; albricias, caballeros míos ; hoy nos destierran ; pero hemos de volver cubiertos de gloria a nuestra Castilla.

EL CID EN BURGOS

Ya entra en Burgos el Cid Rodrigo Díaz ; sesenta pendones le acompañan y de todas partes llegan ricos-hombres y caballeros que por su voluntad se destierran con él.

Los burgaleses y burgalesas se asoman a las ventanas para verle y admirarle y afligidos y llorosos por el destierro del glorioso Cid no pueden menos de exclamar :

—Oh Dios, que buen vasallo si tuviera buen señor !

Todos quisieran hospedarle en sus casas, pero nadie se atreve por miedo a las iras del rey, que hostigado por el conde don García ha enviado a todas partes cartas autorizadas con el sello real, en que se anuncia que aquel que dé posada al Cid perderá sus bienes y su casa, y también los ojos de la cara.

Por ello al entrar en Burgos el Cid Campeador, encuentra las puertas cerradas y las calles desiertas a su paso.

Así, en medio del silencio y de la soledad más absolutos, dirigiéronse el Cid y sus nobles caballeros a la posada de la ciudad, pero también aquella puerta estaba cerrada a piedra y lodo. Los del acompañamiento del Cid llamaron con palos y con piedras dando al mismo tiempo fuertes voces, mas los de dentro no querían responder. El Cid aguijó su caballo y sacando el pié del estribo golpeó la puerta, pero ésta estaba bien remachada y no cedía.

Entonces una niñita de unos nueve años se acercó a los caballeros, y arrodillándose delante del Cid, dijo de esta manera:

—¡Oh, Campeador, que en buen hora ce-

ñiste la espada! Sabe que anoche llegó una orden del rey en pliego autorizado con su sello real. Sabe que en él nos dice que si osamos abrirte nuestras puertas, ofrecerte viandas, darte acogida o escuchar tus palabras, perderemos nuestros bienes y casas y nuestra libertad y también los ojos de la cara. Por eso, ¡oh, Cid! ya que tú nada has de ganar con nuestro mal, sigue tu camino y que el Señor te valga.

Entró la niña en su casa, y el Cid con sus caballeros salió de la ciudad. Junto al río Arlanzón, en un desierto arenal, izaron sus tiendas y pasaron la noche. Al romper el alba dejó el buen Cid a sus caballeros y mesnadas en el improvisado campamento, y espoleando a Babieca, se dirigió a San Pedro de Cardeña con ánimo de despedirse de su mujer Jimena y de sus hijas.

DESPEDIDA DEL CID

Saludaban los gallos a la luz del alba cuando llegó a San Pedro el buen Campeador. El abad don Sancho estaba rezando los maitines

y doña Jimena, con cinco ilustres damas de su compañía, rogaba a Dios que protegiera en sus andanzas a su Cid Rodrigo.

Y he aquí que en esto llaman a la puerta, y la noticia vuela en un instante. Con luces y con cirios acuden todos al patio para recibir llenos de gozo al que nació en buen hora. ¡ Qué gran alegría al ver de nuevo a Rodrigo ; qué gran pesar al saber que se va desterrado ! Llora doña Jimena, lloran sus hijas que son aún pequeñitas, lloran las nobles dueñas y doncellas, llora el abad don Sancho... En tanto las campanas de San Pedro tañen a todo vuelo, y numerosos mensajeros van diciendo por toda Castilla cómo se aleja de ella el Cid Campeador. Y por seguirle, abandonan muchos sus casas y heredades, y por todas las tierras castellanas cruzan innumerables caballeros preguntando dónde podrán encontrar al buen Cid, pues quieren ir con él a donde él vaya.

Seis días pasó el Cid al lado de su mujer y de sus hijas, mas al cabo de ellos súpose que el rey había dado orden terminante de que si Rodrigo Díaz no salía del reino el día señala-



Llora doña Jimena, lloran sus hijas...

do, no se le dejara escapar por todo el oro del mundo. Y en sabiéndolo, aunque al decir adiós a su mujer y a sus hijitas sentía que se le rompía el corazón, tuvo el Cid que aprestarse a la partida. Dió, pues, a sus prendas queridas el último abrazo, abrazó también al abad don Sancho, y a los fieles servidores que quedaban en el monasterio con Jimena, y al son de trompetas y rabeles montó a caballo y partió hacia el campamento, a la cabeza de su numerosa hueste.

Mientras él iba de camino con sus esforzados caballeros, doña Jimena al pie del altar oraba por su pronto regreso, dirigiéndose al Cielo del modo que dejamos dicho en la página doce.

Y dicen las viejas crónicas en que aprendimos estas hazañas del Cid, que mientras Jimena rezaba devotamente su oración, allá en el campamento un ángel se aparecía en sueños a Rodrigo y le decía:

—Cabalga, noble Cid; cabalga, buen Campeador, que nunca varón algún cabalgó con más suerte ni más gloria. Y mientras vivas has de vencer en todas tus empresas.

POR LEON Y POR CASTILLA

Interminable tarea sería la de referir una por una todas las victorias del Cid y de su gente, alcanzadas durante el destierro. No duró éste un día ni dos, sino muy largos años, durante los cuales ni un instante cesó el brazo del Campeador de oponerse a la avalancha sarracena y de reconquistar para León y Castilla las que eran entonces tierras de moros. Y dicen que Rodrigo en aquellos tiempos duros y penosos, apenas se despojaba de su armadura dos veces por semana ; que en las batallas era con su lanza y su ballesta el primero de todos, y que por vigilar por sí mismo los posibles ataques de sus enemigos, pasaba las noches a campo raso mientras sus caballeros dormían en las tiendas.

Así en los primeros tiempos fué limpiando de moros toda la tierra castellana, hasta la misma raya de Aragón. Puso en fuga al poderoso Jeque de Alcalá ; hizo que le rindieran parias seis reyes que de por vida fueron sus vasallos ; le dieron sus riquezas más de cuarenta pueblos, y Santistéban con cuatro villas

fuertes y seis castillos roqueros, le entregaron sus llaves. Y en todos los fuertes que iba conquistando, hacía pintar las armas del rey Alfonso, y ondeaba el pendón de León y Castilla, pendón en todo el mundo respetado y temido.

A su paso, donde hubo mezquitas musulmanas se alzaron cristianas iglesias ; los reyes pactaron con él o se le sometieron ; él ratificó tratados viejos, dió leyes nuevas, y fué de todos a la vez temido y amado, por su valor, por su nobleza y por su piedad para con el vencido.

En Aragón llegó a ser más rey que los mismos reyes, y en buena lid, al grito de : «¡ Santiago por Castilla y por Ruy Díaz de Vivar !» ganó Daroca, Cella, Teruel, Ateca, Terrer, Alcocer y Calatayud, ciudad muy rica, y le rindieron párias Alcañiz y Monzón, Huesca y Zaragoza. Inútil fué que el rey Tamín de Valencia intentara recobrar Alcocer y enviara contra los del Cid un poderoso ejército al mando de Fáriz y Galve, sus emires ; inútil que la musulmana gente se armara hasta los dientes y cortara el agua a los cristianos y les sitiara

durante largos días. Al fin el Cid pudo vencerles y continuó, triunfante, su camino.

Y los caballeros que por seguirle dejaron en Castilla tierras, bienes y heredades, llegaron a poseer tantas riquezas que les era imposible contarlas, que «buen galardón alcanza el que sirve a buen señor».

Mas ya se aleja el Cid de tierras de Aragón y va hacia Oriente, por donde sale el sol. Es su sueño—sueño que tan sólo confía al fiel Alvar Fáñez Minaya—llevar hasta el mar el pendón castellano, y conquistar a Valencia, la grande. Y para llegar hasta ella va sometiendo a su paso las tierras de Jérica, Almenara, Onda, Burriana, Benicadell, Játiva y Cullera.

Así de villa en villa, de batalla en batalla—sí también de victoria en victoria—sin descansar un punto de las fatigas de la guerra, pasó el Cid tres años hasta llegar a la vista de la tierra soñada.

Al fin, llegando una noche a Monreal, mandó echar pregones por Aragón y Navarra y envió a Castilla numerosos mensajeros. Unos y otros decían de este modo:

—«El que quiera cubrirse de gloria y alcan-

zar buen provecho, véngase con el Cid, a quien llaman Campeador, y ayúdele en su intento de poner cerco a Valencia, la grande, para entregarla con gran honor a Alfonso, el rey cristiano».

Y de toda la cristiandad llegaron caballeros que unidos al Cid llevaron *más allá*, con la Cruz, el pendón de León y Castilla.

EN TIERRAS DE ALFONSO

Mientras tanto a las tierras de Alfonso el Castellano llegaban nuevas de las hazañas que el Cid llevaba a cabo, y por todas partes volaba la noticia de que el desterrado de Castilla andaba trastornando al mundo.

En Burgos a cada nueva victoria alcanzada por el infanzón de Vivar armaban los plebeyos gran tumulto para pedir al rey la vuelta del héroe desterrado. Y le aclamaban en las plazas públicas y al grito de: —«¡ Viva nuestro Cid Rodrigo, el glorioso Campeador !»— encendían fuegos y luminarias para honrarle y celebrar sus glorias. Esto era lo que hacía el pueblo en tierras de Alfonso el Castellano.

Y en la corte... Bien veía el rey la nobleza del Cid, quien a cambio de la pérdida de patria y hacienda, esforzaba su brazo en ganar pueblos para el monarca que tan injustamente le tratara. De buena gana perdonaría Alfonso al noble Cid, mas no se lo permitían los intrigantes y odiosos cortesanos, quienes—siempre instigados por don García—no perdonaban insidia ni calumnia para indisponer a Rodrigo con el rey.

—Pensad señor—le decían—cuáles serán ahora los humos del de Vivar; recordad que se cree más rey que vos, puesto que rompe con reyes y pueblos los pactos que vos habíais hecho.

Y Alfonso refrenaba sus deseos y no se atrevía a levantar el destierro del Cid. Esto sucedía en la corte...

Mientras, en solitario monasterio una noble dama lloraba y rezaba sin cesar por la vuelta del guerrero desterrado, y dos niñas tan bellas como el sol y la luna iban creciendo, creciendo, hasta convertirse en dos gentilísimas doncellas. Era la dama doña Jimena, esposa del Cid de Vivar y las dos doncellas doña Elvira

y doña Sol, sus hijas, tan hermosas ambas, que causaban la admiración de cuantos las miraban. Para estas tres mujeres que contaban en su retiro los años, los días y las horas, cada minuto duraba eternidades. Era esto en el monasterio de San Pedro de Cardeña.

CONQUISTA DE VALENCIA

A todo esto las mesnadas del Cid tenían sitiada a Valencia, la grande. Los fieros Almoravides que la dominaban eran los más temidos entre los sarracenos, mas ya sabemos cómo no hubo jamás enemigo capaz de intimidar al buen Cid burgalés. Atrás dejaba ya pacificadas todas las tierras conquistadas por él, y sometidos a su poder reyes árabes y cristianos.

Duro fué el cerco, y bien se defendieron los Almoravides. Durante nueve meses los tuvo sitiados el Cid, sin dejarles respirar, sin darles tregua de día ni de noche. Y tantos, y tantos prodigios de habilidad y de valor llegaron a hacer el Cid y los suyos, que al fin del décimo mes la ciudad se les rindió y las llaves les fue-

ron entregadas. El Campeador con sus esforzados caballeros, con Minaya Alvar Fáñez, el más fiel entre todos, con Martín Antolínez, el burgalés ilustre, con Félix Muñoz, su sobrino, y Muño Gustioz y Alvaro Alvar y Alvaro Salvadórez y Galindo García, y todos los guerreros que de lejanas tierras vinieron a ayudarle en su empresa, entró en la gran Valencia, la ciudad poderosa, que se vistió sus mejores galas para recibir al renombrado Cid Campeador. Pues habéis de saber que era tan clemente en su dominación, tan noble y justiciero en sus actos todos, que moros y moras antes deseaban que temían ser vasallos del héroe castellano.

Los de Valencia al menos llegaron a adorarle más que como a un rey, como a un dios. No se cansaban de contemplar su larga barba—que durante su destierro no cortó jamás—ni de admirar su porte majestuoso y noble, ni de aclamarle en calles y en plazas. Porque bajo el dominio del Cid, Valencia fué la más bella, la más rica, la más noble ciudad... Y le entregaron el regio alcázar , en el cual se alojó ; y le hicieron vestirse a la morisca usanza, des-



...entró en la gran Valencia, la ciudad poderosa...

terrando de su persona la castellana sencillez, para lucir reales atavíos y túnicas talares recamadas de oro y pedrería.

No hay para qué decir que en la torre más alta del alcázar maravilloso ondeó la enseña de Alfonso el Castellano, para quien ganaba el desterrado Cid todas aquellas riquezas. Y la árabe mezquita fué catedral cristiana, que tuvo su obispo en la persona de don Jerónimo, clérigo muy sabio y virtuoso, llegado de lejanas tierras orientales.

La fama de tan magna conquista se extendió por la cristiandad toda, y los más altos señores y los reyes más poderosos del mundo enviaron emisarios para felicitar al Cid, a quien consideraban ya como su igual sobre la tierra.

ALVAR FAÑEZ ANTE EL REY

Era el Cid ante todo buen castellano y buen vasallo, y enmedio de sus glorias no olvidaba un momento a su rey y a su patria. Por eso cuando aún tremolaban los pendones moros en las almenas de las murallas de Valencia, y en sus fronteras se había apenas secado la san-

gre del infiel, reunió el Campeador cien caballos soberbiamente enjaezados y gran cantidad de las más preciadas riquezas del árabe botín, y mandando llamar al fiel Alvar Fáñez Minaya, le habló de esta manera:

—Quiero, Minaya, que vayas a Castilla, nuestra tierra, a besar en mi nombre la mano de mi señor natural nuestro rey don Alfonso. Dile que el mísero hidalgo desterrado le envía esta pequeña ofrenda, cuyo mejor valor es estar comprada a precio de sangre del infiel. Dile que en dos años llevo yo ganadas para él más tierras que le dejó el rey don Fernando, su padre, y que he de hacerle rico si Dios permite que mi brazo pueda seguir sosteniendo la Tizona y mi talón hiriendo con la espuela a Babieca. Dile que cuelgue esas banderas y estandartes en las almenas de San Pedro de Burgos, porque vean los envidiosos como mientras ellos descansan peleando sólo con la lengua, el pecho del Cid en su destierro sirve de muralla que les defiende contra la avalancha sarracena. Y dile, en fin, que en pago de todo ello sólo le pido que me permita traer a mi mujer Jimena y a mis hijas, las prendas de mi

alma, para que vivan a mi lado en las tierras extrañas que yo y los míos hemos conquistado.

Asintió Alvar Fáñez, dándose por muy honrado con ser portador de tal mensaje; dispúsose todo lo conveniente para la partida, y añadiendo al presente para el rey mil marcos de ofrenda para la iglesia de San Pedro de Cardeña, dirigióse Minaya con cien de los más preclaros caballeros hacia la parda tierra castellana.

Hallábase en Carrión el rey Alfonso. Salía con toda la corte de misa mayor, cuando he aquí que vé adelantarse hacia él una tropa de brillantes caballeros con Alvar Fáñez Minaya a la cabeza. Y Minaya baja de su caballo y a la vista de todos se arrodilla delante del rey, y besándole las manos muchas veces dice así:

—El Cid me envía, señor, a besaros las manos. Aquel a quien por traidor y desleal desterrasteis bendice su destierro, pues ha servido para honra suya y provecho vuestro. Pues habéis de saber, señor y rey, que allá en tierras extrañas ha ganado el Cid Rodrigo las ciudades de Jérica y de Onda, Almenara y Murviedro, Puig, Castellón de la

Plana y Benicadell que es una fuerte peña. Es hoy, en fin, el Cid absoluto señor de Valencia, la grande, donde ha creado por su mano un Obispo, y se ha batido en cinco lides campales quedando en todas ellas vencedor. Y por si alguno duda de la verdad de cuánto digo, hé aquí cien caballos fuertes, corredores y bien enjaezados que el Cid os envía como presente, y dentro de ese arcón de plata hallaréis cinco coronas cada una con su real pendón y el cetro de oro puro, que pertenecieron a los reyes vencidos. También vienen cinco llaves de oro con las que vuestro siervo os entrega el dominio de las cinco ciudades conquistadas. Nada quiere el Cid para sí ; nada sino vuestra amistad.

Muy complacido quedó el rey de las palabras de Alvar Fáñez y de los magníficos regalos que el buen Cid le enviaba.

—Válgame San Isidro !—dijo—En el alma me placen las hazañas del Campeador y su buena fortuna. Y con el mayor gusto acepto sus presentes.

A esto el conde García Ordóñez murmuraba :

—Ya no debe haber un solo moro vivo en toda la morería, según el Cid los conquista a su antojo. Mas no os debéis fiar, señor. Todo esto son engaños con que Rodrigo, el de Vivar pretende volver a vuestro favor para tener de nuevo ocasión de ofenderos.

—Callad, ya, conde—repuso serenamente el rey—El me sirve mejor que vos, pues defiende mi honor con la espada, mientras vos solo sabéis mover la lengua.

Y Minaya—como si nada hubiese oído—continuó de este modo:

—La única merced que el Cid os pide, es señor, que me permitáis conducir a su lado a su mujer doña Jimena y a sus hijas, las prendas de su alma.

—De corazón me place—dijo el rey—y mientras viajen por mis tierras yo las surtiré de abundantes provisiones y les haré dar escolta que las defienda de todo peligro. Id, pues, con mi licencia a buscarlas al monasterio de Cardeña, y conducidlas al lado del Cid con todo el boato que a tan grandes damas corresponde. Y sepan todos que desde este momento perdono y restituyo sus bienes a todos

cuantos reconocen al Cid por señor. Quiero que este día sea de contento para todos.

Al oir las palabras del rey todos demostraron su alegría con gritos de entusiasmo y de júbilo. Solo el envidioso conde García Ordoñez se mantuvo receloso y aislado. Y de todas partes acudieron caballeros deseosos de marchar a Valencia la grande, y participar de las glorias y riquezas del Cid. Uniéronse todos al séquito de Alvar Fáñez Minaya y despidiéndose del rey y de la corte, marchó la lucida tropa hacia el monasterio de Cardeña, donde ya pre venida por un emisario del rey, les aguardaba impaciente la noble Jimena en unión de sus hijas doña Elvira y doña Sol.

EN EL CAMINO

Quince días duró el viaje de Jimena y de sus hijas hasta llegar a tierras de Valencia. Era digno de verse el magnífico cortejo cruzando valles, rios, montes y collados. Iban las tres damas ataviadas con riquísimos vestidos y adornados con las más preciados aderezos que hallarón en Burgos, y las acompa-

ñaban muchas dueñas y doncellas en mulos y palafrenes escogidos entre los mejores. Iba Alvar Fáñez a su lado y les daban escolta más de trescientos caballeros muy bien puestos en caballos cubiertos de cendales, con petrales de cascabeles, collares de escudos y lanzas con pendones. De órden del rey les servían en todas partes abundades provisiones, y eran causa de gran admiración en todos los lugares por donde pasaban.

Al llegar cerca de Medinaceli vierón adelantarse hacia ellos un grupo de jinetes armados entre los que se destacaba buen número de moros. Por un momento Alvar Fáñez temió que fueran enemigos que llevaron intención de atacarles, más pronto pudo comprender que los que en dirección a ellos se adelantaban, no eran, a pesar de su traza guerrera, sino amigos que el buen Cid enviaba a su encuentro para mejor recibir y honrar a las damas.

A la cabeza de esta tropa formada por cien caballeros leales iban Pedro Bermúdez, Nuño Gustioz, Martín Antolínez, el de Burgos, y el obispo don Jerónimo, sacerdote preclaro. Y

con ellos iba el alcaide moro Abengalbón, gran amigo y fiel vasallo del Cid Campeador.

Al encontrarse ambos cortejos dieron todos grandes muestras de contento, y entrando todos juntos en Medinaceli pasaron dos días en fiestas y regocijos. Después continuaron su camino y enviaron un emisario que advirtiese al Cid de su llegada.

JIMENA EN VALENCIA

Guardado está el alcázar de Valencia y sus más altas torres ; guardadas todas las entradas y salidas de la ciudad. Y por sus reales puertas sale solemne procesión—las cruces son de plata, las sobrepellices de los sacerdotes están bordadas en oro—en acción de gracias por la feliz llegada de Jimena y sus hijas a tierras valencianas.

Tambien salía el buen Cid, el de la luenga barba, vistiendo rica sobregonela de seda y montando a Babieca que lucía sus mejores arreos. Antes de acercarse a los castellanos dió una carrera tan veloz que a todos dejó maravillados ; desde aquel día fué famoso Babieca

en toda España. Después bajando el Cid de su caballo se acercó a su mujer y a sus hijas abrazándolas tiernamente. Era tanto su gozo, que asomaban las lágrimas a sus ojos. También doña Jimena y doña Elvira y doña Sol lloraban y no se cansaban de admirar al buen Cid y besarle las manos. Y así seguidos de sus caballeros que se entretenian en juegos de armas y de tablas, entraron todos en Valencia mientras musulmanes y cristianos aclamaban con entusiasmo al poderoso Cid, y a su noble mujer.

ATAQUE DEL REY MIRAMAMOLIN

Desde la más alta torre del valenciano alcázar miraban las damas el bello panorama. Contemplaba Jimena las hermosas huertas grandes y frondosas ; admiraban los bellos ojos de doña Elvira y doña Sol el mar ancho y azul, por ellas nunca visto ; lanzaban las dueñas y doncellas admiradas exclamaciones ante tal magnificencia, y todas las manos se alzaban al cielo para agradecer a Dios tanta riqueza.

Cuándo he aquí que estando en lo mejor

se oye el toque de la campana que tañe presuroso el atalaya. También se escucha más lejano sordo rumor de rabeles y tambores. Son los moros de Túnez que, capitaneados por su rey, el famoso Miramamolín, llegan a Valencia para atacar al Cid Rodrigo.

Ya llegan las naves a la orilla ; ya saltan los moros a la playa ; ya lanzando espantosos gritos de guerra y de venganza alzan sus tiendas en la fértil huerta y acampa en ella la descreida gente.

—Que es esto Cid Rodrigo?—dice Jimena volviendo los asustados ojos a su esposo.

—Es algo que no debe afligirte, mujer mia —responde él, animoso—Es que apenas habéis llegado, ya os traen ricos presentes. Es la riqueza que viene a buscarnos, es,—acaso— el ajuar para casar a nuestras hijas. Gran dia es para mi este en que voy a combatir ante vuestros ojos.

Mas el temor parecía querer romper el corazón de Jimena y de sus hijas, y también los de sus damas y doncellas que oían con espanto los feroces alaridos de los moros. Y el Cid Cam-

peador acariciándose la luenga barba tornó a tranquilizarlas.

—No tengáis miedo— dijo—que todo ha de ser en ventaja nuestra. Antes de quince dias si Dios quiere, han de estar en nuestras manos esos tambores que oís, y hemos de ir con el obispo don Jerónimo a llevarlos al templo de Santa María, que es voto que hace tiempo tengo hecho.

Perdieron con esto las damas algo de su pavor primero, y quedaron en las altas torres del alcázar pidiendo a Dios la victoria de las tropas cristianas.

VICTORIA DEL CID

Ya las mesnadas del Cid habían salido al encuentro de los moros sin esperar a que estos presentaran combate. Eran cincuenta mil los infieles y tan solo *cuatro mil menos treinta* los cristianos; las fuerzas eran pues desiguales y el combate rudo. Alvaro Salvadórez, jefe de los del Cid había caido prisionero y sus hombres se encontraban en un grave aprieto, por todas partes acosados por los feroces sa-

rracenos. De pronto en lo más duro de la refriega se oye el grito de guerra de Rodrigo:

«¡ Dios, ayuda y Santiago !»

Y aparece el Cid montando a Babieca que semejante al rayo siembra el espanto y la dispersión por donde pasa. Maneja el Cid la larga lanza hasta que se le quiebra y entonces echa mano a su Tizona y de tal modo la voltea y asesta con ella tan certeros y formidables golpes que a los pocos instantes queda el campo sembrado de cadáveres enemigos. Ya reculan los infieles, ya solo quedan mil y quinientos moros. Ciento cuatro no más pueden llegar a la ribera y ganar las barcas; los demás quedan prisioneros de las gentes del Cid. Este lucha cuerpo a cuerpo con el rey moro que no pudiendo resistir los golpes que el Campeador le dirige escapa a toda rienda y vá a ocultarse en el castillo de Cullera. Más hasta allí le sigue el Cid a quien Babieca lleva ligero como el viento. Al fin queda Miramamolín cautivo de los cristianos, y todas sus riquezas en poder del Cid y de su gente.

Tres días con tres noches tardaron los soldados del Cid en acarrear hasta Valencia el

botín abandonado por los moros. Consistía en más de tres mil marcos en oro y otros tantos en plata, miles de caballos de gran alzada, joyas, y riquezas infinitas y magníficas tiendas formadas con tapices de Persia... El Cid no menos generoso que valiente lo repartió entre sus mesnadas de modo que todos quedaron contentos, y cuándo estuvo en el regio alcázar, sentado en los preciosos escaños al lado de Jimena, habló de este modo a su noble esposa:

—Mujer mia, doña Jimena; ya véis como este día de vuestra llegada ha sido para más honra mia y mayor glòria de Castilla. Y como quiero que todos celebren mi victoria voy a dotar en doscientos marcos a cada una de las doncellas que habéis traido de Castilla y que tan amorosas son para serviros. Después se casarán con mis mejores caballeros y nosotros seremos padrinos de sus bodas.

Las doncellas castellanas no cabían en si de alegría; todo se les volvía besar las manos del Cid y de Jimena y abrazar a doña Elvira y doña Sol. Todo el palacio ardía en fiestas y regocijos y no se oía otra cosa sino celebrar

el valor de los guerreros y hacer proyectos para las próximas fiestas de las bodas.

Peró cuándo creció de punto el entusiasmo fué al llegar Alvar Fañez Minaya y Alvaro Salvadorez conduciendo la tienda del rey Miramamolín en la que Salvadórez había estado prisionero. Era esta tienda tan hermosa como jamás la habían contemplando ojos cristianos. Estaba sostenida por dos postes de oro labrado de preciosas labores y de ellos colgaban espléndidos tapices tejidos de oro y plata.

—Nadie toque esta maravilla—dijo el Cid—Por ser de tal valor y por ser venida de Marruecos es regalo digno de Alfonso el Castellano. A él quiero enviársela con buena parte del botín, porque atestigüe las nuevas de mi prosperidad y le dé testimonio de que el Cid ha de servir a su rey mientras su alma aliente.



LOS CONDES DE CARRIÓN

IV

DOS GALANES AMBICIOSOS

Gran alegría recibió el Rey Don Alfonso con los nuevos presentes de Rodrigo Diaz de Vivar, y olvidando desde aquel momento antiguas rencillas y pasados rencores, no cesaba de alabar el valor, la fidelidad y la esplendidez de su vasallo, el buen Campeador. Y el envidioso conde don García, furioso al ver que el Cid volvía a gozar del favor real, tramaba con sus parientes los cortesanos, nuevas maquinaciones y calumnias para perjudicar al noble Cid.

Vivían en la corte dos galanes muy lindos, pulidos y melosos, y de tan alta alcurnia que

con el mismo rey se emparentaban. Eran Fernando y Diego González, Condes o Infantes de Carrión, muy prendados de sus gentiles personas y en extremo altaneros y ambiciosos. Cuando estos dos galancitos vieron la preciosa tienda y los ricos presentes que el Cid enviaba a su señor, se sintieron cegados por el brillo de tanto y tanto oro; y cuando oyeron como el rey alababa al buen Campeador, pensaron que si a ellos se dirigieran los reales elogios, habían de sonarles al oido cual música dulcísima... Por eso, apartados de los demás nobles y cortesanos, hablaban entre si de esta manera.

—Mucho medra este Cid de Vivar. Tantos reyes moros tiene ya a sus pies, que es él más rey que el mismísimo rey de Castilla. Y a juzgar por las riquezas que manda para acá, debe tener en su palacio todos los tesoros de Persia y de Marruecos.

—Pues aún dicen que sus mejores tesoros no son los que conquistó, con su espada a los moros, sino dos hijas que tiene tan bellas como el día. No sería mala jugada para nosotros si consintiera en dárnoslas para esposas.

—Diego, hermano mio—repuso Fernando que era el más orgulloso de los dos—piensa que nuestra sangre es de Condes de Carrión, que nuestra alcurnia es mucho más alta que la suya y que en otro tiempo ni para descalzarnos hubíeramos querido a las hijas de Rodrigo Díaz, el de Vivar.

—En otro tiempo, acaso... Pero hoy tú mismo has dicho que el Cid es rey de reyes, y pues has dicho que el Cid es rey de los reyes, y pues Alfonso le perdona y le acoge has de verle muy pronto subir mucho más alto que todos nosotros. La fama de sus hazañas ha llegado ya hasta los confines de Persia y el Sultán de aquellas tierras le ha enviado no há mucho un gran presente de muchos camellos, grana, púrpura y sedas, oro, plata, mirra y otras muchas riquezas. Y además ; él que tan generosamente ha dotado a las doncellas que sirven a Jimena ¡ cómo no dotará a sus propias hijas ! Sin contar con los magníficos presentes que ha de hacerles el monarca de Castilla.

—Vayamos pues,—asintió el codicioso Fernando convencido por el cuadro de magnificencias que Diego desplegaba ante sus ojos—

vayamos a proponerle a Alfonso que intervenga con el Cid para que nos dé a sus hijas, por esposas. Si el rey se lo pide, el Cid no se podrá negar.

Y los dos pulidos y ambiciosos galanes se fueron con el cuento de sus pretensiones al rey.

—Rey y señor nuestro:—le dijeron—venimos a rogaros nos otorguéis una gran merced. Amamos a las hijas del Campeador y deseamos pidáis al Cid que para honra suya y provecho nuestro nos las conceda por esposas.

—Yo desterré de la tierra castellana al buen Campeador—repuso el rey— y le causé gran mal escuchando calumnias de malvados y envidiosos mientras él con su espada luchaba por mi bien, mi honra, y mi riqueza. No sé, pues, si mi proposición será de su agrado, más ya que así lo deseáis entablaremos las negociaciones.

Y mandando llamar a Pedro Bermúdez y a Alvar Fáñez Minaya:

—Vosotros, emisarios del Cid—les dijo— los que tantas pruebas me habéis traído de la fidelidad del buen Campeador, id y decidle en

mi nombre que no solo le otorgo mi más amplio perdón sinó que ardo en deseos de darle un buen abrazo. Fije pues, para verme el lugar que sea de su agrado, pues he de comunicarle grandes cosas. Sepa de antemano que los Infantes de Carrión quieren casarse con sus hijas doña Sol y doña Elvira, y no olvide el buen Cid la alta alcurnia de los infantes y lo mucho que con su petición honran al linage de Vivar.

Besaron la mano al rey los emisarios ; montaron a caballo y picando espuelas, partieron ligeros como el viento, llevando las cartas en que Alfonso notificaba al Cid la buena nueva.

LAS VISTAS

A orillas del Tajo, después de largos años de destierro, iban a encontrarse reunidos Don Alfonso y el Cid.

Nunca se vieron en Castilla tantas mulas preciadas, corredores, caballos y palafrenes de buen aire ; nunca admiraron ojos castellanos tantos pendones vistosos, y escudos cuajados de oro y plata, y mantos y pieles y buenos cen-

dales de Andría, como los que aquel día llevaba por hacer mayor honor al Cid Rodrigo el séquito del rey. Seguían a Don Alfonso incontables mesnadas castellanas, leonesas y gallegas y le acompañaban tambien muchos nobles y caballeros. No hay para qué decir que en lugar preferente iban los orgullosos Condes de Carrión muy alegres y ufanos, magnificamente ataviados con vestidos y joyas que aún no habían pagado pues esperaban para hacerlo tener en sus manos el oro y la plata—por ellos tan codiciados—del poderoso Cid Campeador.

También éste se aproximaba ya a la ribera del Tajo donde el rey le aguardaba. Tambien era lucido su cortejo y, como en el del rey, podían en él admirarse robustas mulas, excelentes palafrenes, corredores caballos, ricas armas, magníficas capas, mantas y pieles, y trages de vistosos colores con que grandes y chicos se adornaban.

Antes de llegar a donde estaba el rey, echó Rodrigo pié a tierra, y con quince escogidos caballos se adelantó hacia la tienda del monarca. Al llegar a ella quiso echarse a los piés de Don Alfonso, pero éste se lo impidió:

—Levantáos, noble Cid Campeador—le dijo—besadme en buen hora las manos, pero no los piés. De otro modo no tendréis mi amor.

Mas el Campeador continuaba de rodillas.

—Merced os pedí, mi señor natural, y quiero que todos los presentes oigan cómo de rodillas imploro vuestro real favor.

Y dijo el rey:

—Con todo mi corazón os perdono, os doy acogida en mi reino, y os vuelvo mi favor desde este día.

Dicho esto, le levantó hasta sí, y le besó en las mejillas y en la boca. Tambien los Condes de Carrión se acercaron sumisos a besarle las manos al de Vivar, mientras el conde García Ordóñez, que iba en el séquito real estaba a punto de estallar de envidia.

Y aquel día el Cid Rodrigo Diaz de Vivar, conquistador de Valencia, la grande, fué huésped de Alfonso, rey de León y de Castilla. Y el rey no se cansaba de conversar con el Cid, ni de admirar su luenga barba, tanto le amaba ahora, y tan bien comprendía que era el más noble y más leal vasallo de todo su reino.

Pasó el día, vino la noche, y a la otra mañana

brilló claro el sol. El obispo don Jerónimo cantó misa con gran solemnidad y cuándo todos, grandes y chicos, la hubieron oído, el rey llamó aparte al Cid y a sus nobles caballeros, y les habló así:

—Escuchadme, mesnadas, condes, infanzones. Por dicha nuestra tenemos hoy de nuevo entre nosotros al más grande castellano de Castilla, el Cid Campeador. Y quiero que todos escuchéis cómo me honro pidiéndole sus hijas doña Elvira y Doña Sol, para esposas de los infantes de Carrión, mis parientes. Por parecerme enlace para todos ventajoso, yo Alfonso de Castilla y de León, os ruego que accedáis a él.

—De poca edad son, señor, mis hijas—repuso el Cid—y no debiera casarlas todavía. Mas la fama de los Condes de Carrión es grande y su alcurnia de las más altas de Castilla, y pues ellas lo quieren y vos lo pedís, disponed, como señor y rey nuestro que sois, de las manos de mis hijas doña Elvira y doña Sol.

—Gracias, buen Cid,—dijo el rey—casaré a vuestras hijas con los Condes, y creo que no habrá de pesarles. Ocho mil marcos de plata

os daré para su dote y haré celebrar tantas y tan bellas fiestas, en sus bodas, que se hable de ellas en el mundo entero. Aquí os entrego a los Condes de Carrión, mis parientes ; que os acompañen a Valencia para conocer a las que pronto han de ser sus mujeres.

Al punto se pusieron de piè los Condes de Carrión y besaron de nuevo las manos del Cid, cambiando con él las espadas en señal de alianza. Después el Cid regaló hermosos caballos, buenos palafrenes y vestiduras preciosas a cuantos habían concurrido a las vistas y saltando sobre Babieca, su caballo :

—Aqui lo declaro—dijo con potente voz—y quiero que mi señor don Alfonso, sea testigo de mi invitación. Aquel que quiera venir a las bodas y recibir mis dones, que me siga que no le pesará !

Y todos los del séquito del rey quisieron ir con él, y de todas partes acudían a la invitación numerosos y nobles caballeros ; y allá fué el lucido cortejo, cabalgando hacia tierras de Valencia, donde ya doña Elvira y doña Sol aguardaban impacientes a sus novios.

LAS BODAS

Si hubiérais asistido a las bodas y a los banquetes que se dieron en palacio, no os hubiera pesado.

Estaba el alcázar regiamente adornado, cubiertos estaban los muros y el suelo con tapices, púrpuras, sedas y muy preciosos paños. Y se hallaban reunidos en él todos los guerreros, caballeros y nobles de la ciudad, cuando se presentaron los infantes espléndidamente vestidos, y ataviados con gran magnificencia. Saludaron muy cortesmente al Cid y a su mujer doña Jimena, y fueron a sentarse en los preciosos escaños que para ellos estaban preparados. Entonces, Alvar Fáñez Minaya tomando de las manos a doña Elvira y a doña Sol, sus sobrinas, las entregó a los infantes que con gran séquito y acompañamiento las condujeron a la iglesia de Santa María de Valencia. Allí, el obispo don Jerónimo, con gran solemnidad, les dió la bendición.

Enseguida empezaron los festejos que duraron más de quince días. El Cid y sus vasallos jugaron las armas. ¡Dios mío, con cuánta

destreza! Y se alzaron siete tablados donde se celebraron cucañas, y toros y bailes, y llegaron por verlos gentes de todas partes, y el Cid repartió entre todos tantos regalos y riquezas tantas, que puede con justicia decirse, que cuántos fueron a las bodas regresaron ricos a Castilla.

Sólo, entre tanta diversión y alegría, doña Jimena—que únicamente por obediencia al rey había consentido en el casamiento de sus hijas con los orgullosos Condes de Carrión—se mostraba disgustada y recelosa.

EL LEÓN DEL CID

Sucedió que un día, después de un gran banquete, el Cid sentado en su precioso escaño y rodeado de todos los suyos, se quedó dormido. Guardaban su sueño sus dos yernos Diego y Fernando y por no despertarle hablaban en voz baja con Pedro Bermúdez, el tartamudo que tenía gran habilidad para contar historias así de guerras como de juglerías. Mas, he aquí, que de repente, ocurre algo inesperado. Un fiero león,—regalo de un rey

moro—que el Cid tenía en los fosos de palacio, se escapó de la jaula y se desató, subiendo hasta los salones del alcázar y poniendo espanto en todos los ánimos, con sus espantosos rugidos.

—¡ Al león ! ¡ Al león !—gritaban por todas partes voces atronadoras.

—¡ Malhaya quien lo ha soltado !—repetían. Pero nadie se atrevía a hacer frente a la fiera.

Esta, de estancia en estancia, de salón en salón, sin cesar en sus rugidos, y seguida de un gran gentío, llegó hasta el mismo escaño donde el Cid reposaba.

Al punto Pedro Bermúdez se levantó de un salto, y con gran ligereza, echó mano al estoque para defender a su señor.

Los Condes de Carrión en cambio, al ver al león y escuchar sus terribles rugidos se sintieron acometidos de tan intenso y súbito pavor que les parecía que la estancia daba vueltas en torno, y no sabían por donde huir para esconderse. Fernando, el menor, agachándose cuánto pudo fué a parar debajo del escaño donde el Cid dormía, y Diego, el mayor, gritando a voz en cuello :—¡ Ay, Carrión, nun-



...como quien conduce a un humilde perrillo...

ca volveré a verte!—dió con su miedo y sus huesos en cierto sitio que no fuera correcto nombrar, y en el cual puso perdidos el rico manto y la hermosa túnica de boda.

A tantas voces y rugidos se había despertado el Cid. Levantóse magestuosamente y con el manto prendido al cuello como estaba, dirigióse con calma hacia el león. De tal modo se atemorizó la fiera al verle adelantarse que bajó la cabeza e hincó el hocico, coleando. El Cid Rodrigo le echó los brazos al cuello, agradecido, y con mucha suavidad y mil halagos, como quien conduce a un humilde perrillo, le llevó hasta la leonera y le encerró en la jaula.

Era de ver el asombro de todo aquel gentío; la admiración de los del pueblo, la extrañeza de los grandes de la corte. No se hubieran maravillado tanto si por un momento hubiesen recordado:

«que entrambos eran leones
mas el Cid era más bravo.»

Cuando el Cid regresó, muy tranquilo, a la estancia, preguntó por sus yernos, recordando que cuando él se quedó dormido estaban a su lado. Los llamó y no le contestaron. Hizo que

los buscaran por todo el alcázar y al fin dier con ellos y los condujeron a su presencia, pe tan demudados y en estado tan lastimoso q toda la corte se destornillaba de risa al mira los, y las burlas no hubiesen tenido fin, si Cid no hubiese al cabo impuesto respeto.

—¿Son estas ropas de boda?—gritó mu enojado y con voz de trueno.—¿Dónde os h béis metido que aparecéis tan cambiados maltrechos? ¿Por qué huísteis si teníais en cinto vuestras armas? Sois vosotros los ye nos de pró que el rey me destinaba? A que si tan afeminados os mostráis podréis da honra cumplida a vuestras mujeres, y a n buena vejez! Id, id, a mudaros esas ropas, olvidemos esta lamentable ocurrencia que sol el recordarla bastaría a hacerme reventar d pesadumbre!

Así, corridos y avergonzados delante d todos, los infantes llegaron a sospechar si e Cid habría hecho soltar al león por probar s valentía, y rencorosos y ruínes ya no desea ron sino hallar ocasión de venganza.

Mientras los Condes estaban lamentándose hé aquí que llegó el rey de Marruecos con pro

…ósito de cercar a Valencia y apoderarse del Cid Campeador. Y en el campo de Cuarto, que desde las ventanas del alcázar se veía se levantaron más de cincuenta mil tiendas sarracenas.

El Cid y sus esforzados caballeros se alegraban de corazón ante la nueva ocasión de gloria que se les presentaba, y oyendo el son guerrero de los pífanos y cajas de los moros daban gracias a Dios que de nuevo les permitía combatir al infiel. Más los infantes de Carrión por el contrario, andaban muy apesadumbrados y mientras veían con gran tristeza desplegarse las innumerables tiendas de los moros, murmuraban así:

—Al casarnos con las hijas del Cid solo calculamos lo que ganábamos, más no lo que perdíamos.

—En verdad, hermano, que al lado de este Cid tan batallador solo podemos esperar batallas y peligros.

—¡ Quién estuviera ahora en Carrión, nuestro dominio !

—Ay, mis tierras de Carrión, creo que nunca he de volver a verlas ! Lo que es de esta ya

pueden preparar las hijas del Cid su lutos de viudas!

No obstante, los astutos Condes, por no arrostrar de nuevo las iras del Cid y las burlas de los nobles, disimularon su temor, se aprestaron a entrar en batalla, y aún pidieron al Cid el honor de dar los primeros golpes.

Ya el esforzado Cid se hacía poner por mano de Jimena la brillante armadura, peto, espaldar, grevas, brazal, celada y manoplas, ya de las de sus hijas tomaba las armas, lanza, espada y escudo, mientras un escudero le calzaba las espuelas. Ya quedaban rezando en el alcázar damas, dueñas, y doncellas; ya salían al campo los nobles castellanos al son de pífanos y atambores, y presentaban batalla al enemigo.

Cuando estuvieron los del Cid formados en fila enfrente de los moros, uno de los infantes, Fernando, quiso probar su valentía y se adelantó para atacar a un terrible morazo llamado Aladraf. Mas el moro al darse cuenta del ataque se dirigió a su vez hacia el infante, y entonces éste dominado por súbito pavor, volvió grupas y se lanzó en una huída deses-

perada. Pedro Bermúdez que iba junto a Fernando, comprendió al instante lo que ocurría, y arrojándose sobre el moro, después de enconada lucha, lo mató. Tomó luego de la rienda el caballo de Aladraf y corriendo detrás del infante hasta alcanzarle, gritó así:

—¡ Deteneos, deteneos, conde Fernando y volveos al alcázar de Valencia a tejer cendales con las damas, ya que entre hombres no sabéis mostrar el valor que exige vuestro alto nacimiento! Si mi tío el Cid, después de lo del león, sabe vuestra vergonzosa conducta, ¿qué dirá, viendo de tal modo deshonrado su noble y bizarro linaje? Tomad, tomad este caballo y decid que se lo habéis cogido al moro Aladraf después de vencerle en buena lid, que yo con tal de evitar al buen Campeador tal pesadumbre, no os descubriré jamás si no me dais motivo para ello.

Con alma y vida aceptó Fernando la supercheria propuesta por el bueno de Bermúdez, y juntos volvieron a la línea donde luchaba el Cid, dando allí, Pedro, testimonio de la hazaña de que Fernando se alababa. Y el Cid y sus

guerreros vitorearon al infante con gran alegría.

En esto, el obispo don Jerónimo, que se había adelantado para dar la bendición a las tropas cristianas, se vió de repente rodeado por gran número de moros que le atacaban tirándole grandes tajos con lanzas y gumías. Viólo el Cid desde lejos, embrazó el escudo, enristró la lanza, espoleó a Babieca y se arrojó entre los feroces enemigos. Al primer golpe de su lanza rompió las primeras filas de moros, derribando a siete y matando a cuatro de los más esforzados. A los pocos instantes el Cid y los suyos corrían en persecución de los moros que, asustados, huían a pies para que os quiero. Y allí fué el romperse las cuerdas y arrancar de tierra las estacas, y rodar por el suelo los postes labrados que sostenían las tiendas sarracenas. Y al cabo, los soldados del Cid arrojaron del campamento a los feroces moros de Marruecos.

Gran día fué aquel en la corte del Cid Campeador. Se repartió entre todos los vasallos abundante botín, y en el alcázar se celebraron fiestas, justas y saraos. Y el buen Cid Rodrigo

abrazando muy contento a sus yernos, les habló así delante de toda la corte:

—Más contento que de la victoria alcanzada sobre los sarracenos, estoy, yernos míos, de vuestra valerosa conducta. Quiero que lleguen buenas nuevas de ella a Carrión, porque en toda Castilla se hable de vosotros y se celebre vuestra gran bravura. Y ahora, tomad, tomad cuantos caballos y acémilas gusteis, además de las riquezas en oro y plata que del abundante botín os corresponden. Quiera Dios conservaros a mi lado muchos años porque podáis renovar las hazañas de este día glorioso.

De corazón decía estas palabras el buen Cid, pues él era incapaz de fingimiento, mas los ruines infantes dudaban si se lo diría por escarnio. Mientras, todos los caballeros y vasallos se burlaban de ellos por lo bajo, pues no recordaban haberlos visto en ningún lugar de la pelea, y les constaba bien su cobardía.

Y notando estas mal disimuladas risas, y teniendo que sufrir las burlas que de continuo les hacían, los condes dieron en cavilar y ca-

vilar en el modo de vengarse, hasta concebir un proyecto perverso y desleal.

INFAMIA DE LOS CONDES

—Ya somos bastante ricos, hermano mío—decía don Diego a su hermano Fernando—. Con todos los tesoros que nos ha dado el Campeador, los dotes que el rey Alfonso otorgó a nuestras mujeres, y los bienes que allá en nuestra tierra poseemos, bien podríamos vivir honrados, tranquilos y felices en la corte del rey de Castilla sin exponer a cada momento nuestras vidas por seguir al Cid en sus correrías. Además, estas gentes no olvidan la aventura del león, y no perdonan ocasión de echárnosla en cara. Volvámonos, pues, a Carrión, y allí al menos nos respetarán nuestros vasallos y nos estimarán por las muchas riquezas que llevamos.

—Hace tiempo que por mi gusto estaría yo allí, mas piensa que mientras tengamos por mujeres a las hijas del Cid, éste no dejará de vigilarnos, y cada vez que se le ocurra salir a

luchar con los moros, nos llamará para que vengamos a calzarle la espuela.

—¡ Malhayan las hijas del Cid, y nuestro desdichado casamiento ! Si ahora no estuviéramos casados con ellas podríamos muy bien encontrar mujeres de más alta alcurnia, que por algo somos de la sangre de los condes de Carrión.

Y dijo don Fernando :

—Deshagámonos pues de ellas, y seremos libres de disfrutar en paz nuestro oro y nuestra plata sin que el Cid tenga porque mezclarse en nuestros asuntos. Digamos al Campeador que nos entregue a nuestras mujeres que queremos llevarlas a tierras de Carrión para que vean sus ricas heredades ; así las sacaremos de Valencia y de la custodia de su padre. Cuando estemos a mitad del camino, las abandonaremos en el monte para que las bestias feroces las devoren. Y ya no volverán a echarnos en cara el asunto del león.

—Dices muy bien, hermano ; con los bienes que llevamos, seremos ricos-hombres y podremos casarnos con hijas de reyes o de emperadores que para algo somos de la san-

gre de los condes de Carrión. Sí, sí; deshagámonos de las hijas del Cid antes de que vuelvan a echarnos en cara la desdichada aventura del león.

Y ambos hermanos—digno el uno del otro—fueron con su pretensión al Cid Campeador. No pudo éste negarse, aunque el corazón se le partía al pensar en separarse ahora de sus hijas, mas, pues eran los condes legítimos dueños de sus esposas, usaban de su derecho al querer llevarlas a conocer sus tierras. Antes de despedirse, dió el Cid a cada uno de sus yernos tres mil marcos de plata, mulas y palafrenes andadores y fuertes, y riquísimos vestidos de paño y seda tejida de oro. Pero fué más precioso don el que les hizo de sus dos espadas Colada y Tizona, tan regias, y por él ganadas en el campo de batalla con tanta honra y heroísmo tanto. No hay para qué decir lo contentos que se pusieron los dos viles hermanos al verse dueños de las nuevas riquezas que el generoso Cid les regalaba.

Ya doña Sol y doña Elvira se despiden de sus padres y allegados. Ya acude toda Valencia a despedir a las hijas del Cid, que se van

a Castilla con los infantes sus maridos. Ya salen del regio alcázar con gran pompa y boato, y las siguen muchas damas y caballeros que con el Cid y la noble Jimena las acompañan hasta una legua más allá de las puertas de la ciudad.

La hermosa Jimena derrama abundantes lágrimas al separarse por vez primera de sus hijas bien amadas. Y el Cid no llora porque es hombre y de buen temple, pero siente que estrecho nudo le aprieta el corazón. Por eso, ya que él no puede acompañarlas, envía con ellas a uno de los suyos :

—De todo corazón me place—responde Félix Muñoz, muy contento de poder servir al buen Cid y a sus hijas. Mas a los dos infantes no les agrada tanto la ocurrencia.

Y como todo llega, llega también el momento en que es preciso separarse, y doña Sol y doña Elvira cabalgan con su cortejo hacia Castilla, mientras el Cid Campeador con su séquito, vuelve grupas hacia la ciudad.

LA AFRENTA DE CÓRPES

Tres días con tres noches cabalgaron los infames condes sin atreverse a realizar su vil propósito, por miedo a la proximidad del Cid y por temor al celo del fiel Félix Muñoz. Hipócritas y falsos—como buenos cobardes—mostrábanse en extremo galantes con sus mujeres, y no cesaban de alabar las glorias del Cid, y su valor probado y su generosidad reconocida.

Por fin, al obscurecer del tercer día, llegaron al robledal de Córpes. Bosques espesísimos; árboles tan altos, que las ramas de sus copas parecían alcanzar las nubes; innumerables fieras que al llegar la noche rondaban aquellos parajes, ¿qué mejor lugar podían apetecer los condes para realizar su vil intentot? Pusiéronse de acuerdo y ordenaron a sus criados que con Félix Muñoz a la cabeza se adelantaran a buen paso, llevando por delante a las acémilas con su preciosa carga, pues ellos—decían—deseaban descansar en amorosa plática con sus esposas, a la sombra de aquellos robledales.



Las ataron fuertemente a dos encinas...

Cuando se hallaron los cuatro solos y los infantes comprendieron que el cortejo se encontraba ya a alguna distancia, bajaron de los caballos y hablaron a sus esposas de este modo:

—Doña Elvira, doña Sol; hijas del Cid: ahora vais a pagar todas las burlas que de nosotros han hecho los cortesanos de vuestro padre, el Campeador. En estos ariscos montes vais a ser escarnecidas y maltratadas por nosotros. Después nos marcharemos dejándoos aquí para que al llegar la noche sirvais de festín a las fieras. Y cuando las nuevas de todo esto lleguen hasta el Cid estaremos bien pagados de la mala jugada del león.

Las ataron fuertemente a dos encinas, y echando mano a las ásperas cinchas de sus cabalgaduras, empezaron a golpearlas cruelmente. En vano ellas clamaban misericordia, en vano llamaban a su padre el buen Cid, y proclamaban la venganza terrible con que el Campeador lavaría la afrenta. A las quejas de sus desdichadas esposas los dos malvados redoblaban los golpes, y no contentos con azo-

tarlas con las cinchas, les clavaban las espuelas que llevaban calzadas.

Y decía doña Sol:

—¡Don Diego, don Fernando! No os pedimos que nos perdonéis de un mal que no hemos hecho, pero sí que no nos ultrajéis por más tiempo! Dos fuertes y tajantes espadas lleváis ceñidas al costado: son Colada y Tizona, las que con tanta honra, arrancara nuestro padre al infiel. ¡Cortadnos, pues, con ellas las cabezas! Matadnos, y seremos mártires, y moros y cristianos nos compadecerán por el martirio que no merecimos. ¡Matadnos de una vez, con la espada gloriosa, no nos dejéis morir con ignominia devoradas por las fieras del monte! No ultrajéis a vuestras esposas que con ello no hacéis más que envileceros y en justas y torneos han de pediros estrecha cuenta de vuestra villanía!

Mas los infantes, sordos y ciegos en aquel momento, no escuchaban las quejas de las bellas hijas del de Vivar y seguían golpeándolas sin piedad con las cinchas corredizas, y espoleando cruelmente sus delicadas carnes, Y cuando ya doña Elvira y doña Sol, desmaya-

das, no podían ni hablar, y la sangre teñía sus briales, los dos infames condes se alejaron dejándolas por muertas, expuestas a la voracidad de las fieras y de las aves de rapiña, en el espeso robledal de Córpes.

Félix Muñoz, en tanto, viendo que ni los condes ni sus primas se reunían a la comitiva, empezó a sospechar que les hubiera ocurrido algún percance, y dejando que los criados con las acémilas siguieran su camino, volvió grupas y se dispuso a desandar lo andado.

A mitad del camino se cruzó con los infantes que volvían solos y en una tan desatentada carrera, que aunque pasaron por su lado, no le vieron. Mas él sí pudo oirles decir estas palabras :

—Ya estamos vengados del casamiento y de las burlas que de nosotros hicieron por el asunto del león. ¡ Ahora sí que podemos casarnos con hijas de reyes o de emperadores !

El buen Félix Muñoz bien quisiera, al oirlos, correr tras ellos para castigarlos como merece su insolencia, mas en aquel momento lo que más le importa es saber qué ha sido de sus primas. Espolea a su caballo que se lanza,

rápido como una flecha a través de los valles y montes, y llega al robledal de Córpes, donde, entre las sombras de la noche, que envuelven ya en su obscuridad los bosques, vé a las hijas del Cid pálidas como muertas y sin dar señales de vida, atadas fuertemente a dos encinas.

—¡ Primas, primas mías !—gritó echando pie a tierra—. ¡ Doña Elvira, doña Sol, nobles hijas del Cid !, despertad, despertad antes de que venga la noche y las fieras del monte nos devoren.

Abrieron doña Elvira y doña Sol los bellos ojos, mas tan abatidas estaban, que no podían articular palabra. Y Félix Muñoz, temiendo que sucumbieran al dolor, no cesaba de repetirles :

—¡ Esforzaos, por amor de Dios, primas mías ! Pensad que si vuestros infames esposos los condes de Carrión se dan cuenta de mi ausencia, enviarán propios que me busquen o acaso asesinos que me maten. Y si permanecemos aquí, y Dios no nos ayuda a salir del monte, cuando llegue la noche las fieras nos devorarán.

Mientras esto decía, iba cortando con su cuchillo de monte las ligaduras que aprisionaban los delicados miembros de sus primas. Después, les llevó en su sombrero agua de un arroyuelo próximo, con que pudieran calmar su sed y lavar sus heridas. Ya un tanto recobradas las damas con los tiernos cuidados y las animosas palabras de su primo, las subió éste a su caballo y con tan preciosa carga, cabalgó toda la noche a través de los espesos robledales. Al ser de día salieron del monte, atravesaron el Duero y en San Esteban de Gormaz repararon sus fuerzas y adquirieron caballerías que los condujeran a los reinos del Cid.

Ya había llegado la mala noticia hasta Valencia. ¡Qué aflicción, qué indignación la del Cid y Jimena, la de toda la corte y toda la ciudad! Ya las más altas damas y los más nobles caballeros con Alvar Fáñez Minaya, y Pedro Bermúdez, y Martín Antolínez y el obispo don Jerónimo a la cabeza, salían hasta las puertas de la ciudad para recibir a las hijas del Cid con todos los honores. Y al verlas llegar llorosas y afligidas, el buen Alvar Fáñez Minaya les habló de este modo:

—Nobles hijas del Cid, doña Elvira y doña Sol, no paséis cuidado, pues que ya estáis sanas y salvas. Es verdad que habéis perdido buen casamiento, pero Dios os lo dará mejor y no tardará el día en que obtengamos justa reparación de los que tan cruelmente os afrentaron.

En esto, el Campeador se apresuraba a salir al encuentro de sus hijas. Mostrábase animoso, y al verlas, se adelantó para abrazarlas, y sonriendo, les dijo:

—Dios os guarde de todo mal, hijas queridas. Mucho me pesa el daño que hoy habéis recibido por vuestro casamiento. Mas no fuí yo quien lo quiso, sino el rey de Castilla, y pues a él han injuriado en vosotras, él ha de deshacerlo dándonos la cumplida satisfacción que merecemos. A Castilla voy a demandar justicia y a pedir al rey que convoque vistas o cortes donde yo pueda reclamar mi derecho, pues es grande el rencor que roe mi alma y si el rey no me escucha, juro que caeré con mis mesnadas sobre Carrión, Torquemada y Valenzuela, tierras de los infantes, y no dejaré piedra sobre piedra en sus villas y condados.

Y espoleando a Babieca partió con dirección a Burgos.

CORTES EN TOLEDO

Mensajeros del rey de Castilla llevan cartas a León y a Santiago, a Galicia y a Portugal; a las tierras de Carrión y a las de todos los fieles castellanos. Dentro de siete días han de juntarse las cortes en Toledo y será tenido por mal vasallo aquel que a ellas no concurra. Y los portugueses y los gallegos, los de Santiago como los de León y los de todas las nobles tierras castellanas se apresuran a obedecer el mandato de su señor don Alfonso, rey de León y de Castilla.

Sólo los infantes de Carrión se muestran cabizbajos y mohinos, pues ya sabemos que es su valor harto menguado y temen con razón las justas iras del Campeador. Buscan el modo de librarse de ellas; tratan el asunto con todos sus parientes; se aconsejan de su tío Suer González, que tiene fama de sabio y de valiente; celebran secretas entrevistas con el conde García, el envidioso enemigo del Cid,

y dieran cuanto poseen por no asistir a las cortes convocadas. Mas es en vano cuanto hacen por disculparse con el rey don Alfonso; el mensaje recibido es terminante y dice así:

—«Agraviado está el Cid, y es su derecho pedir reparación. El que no quiera dársela o no vaya a las cortes, que abandone mi reino y no espere nunca más mi favor.»

Y al llegar el plazo fijado acudieron a las cortes todos los buenos caballeros y los guerreros más esforzados, y los sabios de más renombre.

También, después de haber pasado la noche a orillas del Tajo, velando sus armas ante el altar de San Servando, llegó, arrogante el Cid. Llevaba consigo cien de sus mejores caballeros, entre los que no dejaban de contarse el virtuoso obispo don Jerónimo, Alvar Fáñez Minaya, Pedro Bermúdez, Muñoz Gustioz, Alvaro Salvadórez y Martín Antolínez el claro burgalés, y Mal Anda el afamado sabio, y Galindo García el bueno de Aragón. Vestían todos túnicas acolchadas, ceñidas por las armaduras que relucían al sol como claros espejos, y sobre ellos las pellizas y tajantes espa-

das. El que «en buena hora nació» llevaba calzas de magnífico paño y zapatos primorosamente labrados, camisa de hilo—blanca como la nieve—con broches de oro y plata, precioso brial de brocado, cuya labor de oro lanzaba los más vivos destellos, y sobre todo ello un magnífico manto de piel bermeja con franjas de oro que causaba la admiración de cuantos le miraban.

Al entrar el Cid con sus caballeros en la corte fué recibido con los mismos honores que si se tratara de un príncipe o de un rey. Don Alfonso y todos los grandes del reino se pusieron de pie; sólo permanecieron sentados el conde García Ordóñez, y los demás del bando de los condes de Carrión.

Y dijo el rey tendiendo al Cid las manos:

—Venid, Campeador, a sentaros en este escaño que vos mismo me regalasteis. Quiero que todos os vean a mi lado, pues, pese a los envidiosos y traidores, sois el caballero de más valer que hay en todo mi reino. El conquistador de Valencia, agradecido, repuso con estas palabras:

—Seguid, señor, ocupando vuestro escaño

real, que sólo a vos corresponde como a rey y señor. Yo me sentaré aquí con los que me acompañan.

Y el Cid, siempre rodeado de sus cien caballeros, fué a sentarse en un precioso escaño torneado. Todos cuantos asistían a las cortes contemplaban admirados su majestuosa figura y su luenga barba, ¡tan hermosa!, y les parecía mentira que se hallara entre ellos aquel que había llevado a cabo tantas y tan maravillosas proezas. Sólo los condes de Carrión, avergonzados, no se atrevían a mirarle.

El rey Alfonso, levantándose, abrió las cortes con estas palabras:

—Oid, mesnadas, príncipes e infanzones. Esta corte que hoy se reune en Toledo es la tercera vez que convoco desde que soy rey, y la convoco por amor del Cid, en buena hora nacido, a fin de que pida justicia y reciba desagravio de los condes de Carrión, sus yernos. Todos sabemos el grave ultraje que ellos le han inferido. Meditad, pues, sabios caballeros, valientes mesnadas, nobles infanzones, y decidid lo que sea de justicia sin que la paz se altere en una ni otra parte. Yo estaré siempre del

lado de aquel a quien el derecho asista. Demande, pues, el Cid Campeador, y sepamos después lo que los infantes puedan alegar en su descargo.

El Cid besó la mano del Rey y poniéndose de pie, dijo así:

—Rey y señor: he aquí lo que demando contra los infantes de Carrión. Cuando ellos salieron de Valencia, la mayor, llevándose a mis hijas, yo les di al despedirlos mis dos buenas espadas: Colada y Tizona—ganadas por mí valientemente en lid contra el infiel—para que con ellas ilustrasen su nombre y sirviesen a su patria y a su rey. Cuando los aleves abandonaron a mis hijas en el robledal de Córpes perdieron todo el amor que les guardaba mi corazón, y puesto que no querían nada mío, debieron también abandonar a Colada y a Tizona. Ya no son mis yernos, devuélvanme, pues, mis espadas.

Y los jueces sentenciaron:

—Eso está muy puesto en razón.

El conde don García, Suer González, los infantes de Carrión y todos los de su bando cuchicheaban entre sí, satisfechos.

—No salimos mal librados—decían—, si el Cid no nos pide cuenta de la afrenta y el abandono de sus hijas. Puesto que sólo las espadas quiere, apresurémonos a dárselas para que se marche y no prosiga su demanda.

Y sacando las espadas Colada y Tizona las pusieron en manos del rey. Al desenvainarlas, Don Alfonso, toda la corte, quedó por un momento deslumbrada; los pomos y los gavilanes eran de oro purísimo.

Alegrósele el alma al Cid al tomar las espadas de manos del rey; eran las mismas, sí, ¡que él las conocía bien! Después de besarlas en la cruz, dijo, tomándose las barbas, estas palabras a los suyos:

—Por estas barbas que nadie ha mesado, iremos así vengando a doña Elvira y a doña Sol.

Y levantándose de nuevo, continuó en alta voz:

—Gracias a Dios, y a vos, rey y señor, estoy ya pagado en cuanto toca a mis espadas Colada y Tizona. Pero tengo todavía otro agravio de que pedir cuentas a los condes. Cuando sacaron de Valencia a mis hijas les

entregué tres mil marcos en oro y plata. Pues que no quieren ser mis yernos, devuélvanme el dinero que de mi casa se llevaron.

Esta segunda demanda ya no hizo tanta gracia a los infantes. ¡Eran dignas de oirse sus quejas y lamentos!

—Cuando dimos al Campeador sus espadas, es porque creíamos terminada la demanda—dijeron.

Mas el sabio conde don Ramón, que era uno de los jueces, decretó:

—Con licencia del rey, decretamos que deis inmediata satisfacción a la justa demanda del Cid.

Y el buen rey, dijo:

—Yo así lo otorgo.

Entonces los condes empezaron a cuchichear con los de su bando, quejándose de la demanda. Era el caso que no podían satisfacerla porque la suma era muy cuantiosa y ya no les quedaba ni un ochavo de las arras que les diera el Cid.

Habló Fernando González, el menor de los condes:

—No podemos pagar lo que el Cid recla-

ma—dijo—, porque no poseemos dinero acuñado.

Y repuso el conde don Ramón:

—Pues gastasteis el oro y la plata que no eran vuestros, pagad en especie, y tómelo de vuestras manos el Campeador. Ello ha de ser ahora mismo, dentro de esta corte, y ante los ojos de nuestro buen rey.

Comprendieron los infantes que no les quedaba otro remedio que obedecer. E hicieron traer gran número de caballos ligeros como el viento, y robustas mulas y buenos palafrenes y preciosas espadas de rica empuñadura. Los sabios peritos de la corte lo valoraron todo, y cuando estuvo convenientemente tasado, lo entregaron al Cid.

Y los codiciosos infantes, que así se veían empobrecidos y humillados, lo mismo que el envidioso conde don García, rechinaban los dientes de coraje, al ver cómo todo era para mayor honra y provecho del Campeador.

Y, sin embargo, faltaba aún lo más importante de la demanda. Cuando los caballeros del Cid hubieron recogido y tomado bajo su custodia las prendas de los condes, levantóse

Rodrigo en su escaño y dijo con gran majestad y arrogancia:

—¡Por amor y caridad, merced, rey y señor! Las prendas materiales que di a los condes ya están de nuevo en mi poder, y por esta parte doy por terminada la demanda. Mas no puedo olvidar el mayor cargo que tengo contra ellos, el agravio que sólo en el campo del honor puede lavarse. Oigame, pues ,toda la corte y compartan todos mi furor. Decid, decid vosotros, condes viles y traidores, ¿qué daño os hice yo jamás para que así desgarrárais mi corazón en sus prendas queridas? A la salida de Valencia yo os entregué a mis hijas con mucha honra y grandes riquezas. ¿Por qué sino las queríais, las sacasteis de Valencia y su regalo? ¿Por qué las golpeasteis con las cinchas de vuestros caballos y las heristeis con vuestras espuelas? Desamparadas las dejasteis en el obscuro robledo de Córpes, atadas con fuertes ligaduras que maceraban sus delicadas carnes, y expuestas a la voracidad de las fieras del monte y de las aves de rapiña. Y pues ellas eran vuestras legítimas esposas, al afrentarlas de tal modo, ha caído sobre vosotros in-

famia mayor que aquella con que quisisteis afrentarlas. Juzgue esta corte real y diga si no me debéis satisfacción.

Levántose Fernando González al sentirse infamado y dijo así con descompuestas voces:

—Mal hacéis Cid Rodrigo en no cejar en la demanda. Que más queréis de nosotros si os hemos pagado ya vuestro dinero? Sangre de condes de Carrión corre por nuestras venas y nos correspondía casar con hijas de reyes o de emperadores, no con hijas de simples infanzones. Hicimos pues valer nuestro derecho al abandonarlas y no nos infamamos por ello, antes valemos más.

Levantóse furioso el Cid Rodrigo y echó mano a la espada, más una mirada del rey don Alfonso le contuvo. Entonces, dirigiéndose a Pedro Bermúdez que estaba entre sus caballeros.

—Pedro Mudo, varón que nada dices—le gritó—Tú, que has reclamado el honor de luchar en el palenque por tus primas, ¿cómo callas ahora?

Intentó hablar Pedro Bermúdez, pero en el primer instante se le trabó la lengua y no

pudo acertar con las palabras. Eso si ; cuándo se soltó fué digno de oirse lo que dijo :

—Mio Cid ; no sé porqué me avergonzáis llamándome Pedro Mudo en las cortes. Es verdad que no soy largo de palabras, pero quiero que ahora veáis como me sobran cuándo se trata de retar a los infames, cobardes y traidores. Por eso te digo a tí Fernando , conde de Carrión, que en cuánto has dicho, mientes ! Si algo has valido alguna vez habrá sido por ser yerno del Cid, que por tí nada vales. Y aquí ante todos quiero descubrir tus mañas. Acuérdate de aquel día que lidiábamos con los moros en el campo de Valencia, la grande. Tú habías pedido al Cid el honor de los primeros lances, pero en cuánto viste el primer moro delante de tí, huiste a uña de caballo. A fé que ahora me pesa no haber dejado que el infiel te tratara como te merecías. Mas entonces, por no disgustar al buen Campeador, preferí luchar con aquel perro, defendiendote. A los primeros golpes le vencí y te dí su caballo ; tú fuiste en seguida a jactarte ante el Cid y sus guerreros de que habías dado muerte al moro y eras por tanto el héroe de la hazaña ; todos te

creyeron y yo te guardé el secreto. Pero ahora quiero que todos conozcan tu cobardía y sepan como el Cid os honró a tu hermano y a tí dándoos a sus hijas por esposas. Que ellas valen mil veces más que vosotros y cuándo llegue el momento del combate a que te reto tendrás que confesarlo así y confesarte tú mismo por infame, embustero y traidor.

A esto se levantó Diego, el otro hermano.

—No podemos ser traidores ni infames—dijo—pues somos del linage esclarecido de los condes de Carrión. ¡ Ojalá nunca hubiéramos emparentado con el Cid Rodrigo ! A no ser por él y por sus hijas seríamos ahora yernos de reyes o de emperadores !

Martín Antolínez, el claro burgalés, no le dejó continunar.

—¡ Calla, aleve y embustero !—le gritó—que en todos los días de tu vida no debieras olvidar el feo asunto del león. La espada llevabas entonces al costado, y en lugar de usarla como caballero, saliste huyendo y no paráste hasta dar en un cierto lugar poco decoroso. Esto mantendré en la lid a que te reto y tú tendrás que decir por tu propia boca que las hijas del Cid

valen mucho más que vosotros, y que tú y tu hermano sois en todo cobardes y embusteros.

Así quedó lanzado el reto por parte de los del Cid, y aceptado (a la fuerza) por parte de los condes. Alborotáronse las cortes y hubo un instante de indescriptible confusión. De ambas partes se levantaban los más esforzados caballeros lanzándose injuriosas palabras y aún echando mano a las espadas, cuando dijo, con voz sonora el rey :

—Acabe aquí la disputa. Mañana en cuanto salga el sol, se efectuará el torneo de los que se han retado en esta corte, tres contra tres, y Dios dará la victoria a quien sea de justicia.

Mas los infantes de Carrión deseosos de ganar tiempo, y de no tener que habérselas con el propio Campeador hablaron así :

—Señor y rey : quiera vuestra clemencia otorgarnos mayor plazo. Si hemos dado al Campeador nuestras armas y nuestros caballos ¿cómo podremos pelear mañana? Justo es que se nos dén de plazo siquiera tres semanas, y que el torneo se efectúe en tierras de Carrión.

Otorgó el rey, más el Cid no podía detenerse por más tiempo en Castilla, que sin su pre-

sencia Valencia,la grande no estaba segura ante los contínuos ataques de los moros. Dejó, pues, a tres de sus caballeros que lucharan por su honor y en su nombre, y dió sus nobles y siempre victoriosas espadas Colada y Tizona a Pedro Bermúdez y a Martín Antolínez, el burgalés de pró.

Dando así por terminadas las cortes, el rey acompañó al Cid con todos los honores hasta fuera de las puertas de la ciudad.

EL TORNEO

¡ Cuánto les pesa ahora su maldad a los aleves condes de Carrión ! Ya no tienen a sus bellas compañeras, ni poseen las muchas riquezas que el Cid, generoso, les diera, ni pueden enorgullecerse de estar emparentados con el Campeador. ¡ Han perdido la estimación de los nobles y el favor del rey ! Y lo peor es que ya han transcurrido las tres semanas del plazo y han de aprestarse a dar cuenta de sus villanos hechos en el campo del honor !

Como allá en Carrión todos son amigos, parientes y criados de los condes, conciertan en-

tre todos mil planes infames para alejar a los caballeros del Cid y matarlos en el campo, a traición.

Más son vanas todas sus intrigas, porque a los del Cid los protege D. Alfonso, el leonés que ha ido a Carrión para hacer que se cumpla el derecho y no triunfe la injusticia. En tres días se construye en el campo un fuerte palenque cerrado, con asientos en derredor y presidido por seis jueces y el propio rey Alfonso en su silla real. Y de todas partes llegan al palenque guerreros esforzados y caballeros muy notables, deseosos de presenciar la lid.

Los de Carrión, aconsejados por Suer González y García Ordóñez, no cesan de maquinar infamias contra los del Cid ; y en el último extremo van a pedir al rey que no intervengan en la contienda Colada ni Tizona, las dos espadas invencibles. Mas el rey que ve la traicion retratada en sus rostros, les dice así, muy noblemente :

DISCURSO DEL REY EN EL PALENQUE

Condes, las hijas del Cid—Por vos sin causa ofendidas,
Con la traza más cruel—Que se ha visto ni hay escrita,

Demandaron la venganza—De su afrenta y su ignominia.
Al Cid su padre, que al punto—Salió a luchar por sus hijas.
Os pidió campo a los tres,—Para que en él fuese vista
Cómo quedaba su ofensa—Después de venceros, limpia.
Respondisteis que con él—La batalla que os pedía
No la queríais hacer—Porque yo le ayudaría;
Que enviare a quien quisiere—Que bajo la vista mía
Hiciese con vos batalla—Según fueros de Castilla.
Estos tres nobles guerreros—El Cid por su parte envía
Que ya en el campo os aguardan—Os retan y desafían.
Haced vuestra obligación—Que es lo que os fuerza y obliga;
Que es tiempo que las razones—A las armas se remitan.»

En diciendo esto el rey, se sortea el campo, se divide el terreno, y salen los jueces cara a cara hasta la mitad del palenque. Después se preparan los dos bandos; de un lado Pedro Bermúdez, Martín Antolínez y Nuño Bustos de Linzuela; los del Cid. Del otro, Suer González y Diego y Fernando; los de Carrión. Ya se oye el ronco son de la trompa con que el heraldo anuncia el principio de la lid; y oída la señal salen todos al mismo tiempo, acechando cada uno el avance de su contrario; embragan los escudos, bajan las lanzas revolviendo el pendón; se inclinan sobre los arzones, dan un espolazo y arrancan con ímpetu tal, que hace retemblar la tierra; a cada

instante parece que van a caer muertos los seis combatientes.

Pedro Bermúdez se encara con Fernando y ambos se golpean sin miedo los escudos. Fernando atraviesa el escudo de Pedro, pero dá en vacío y quiebra la lanza en dos partes. Pedro Bermúdez se mantiene firme y contesta con otro poderoso golpe; rompe y arranca el broche central del escudo de su contrario y le pasa de parte a parte, metiéndole la lanza por el pecho junto al corazón. Las cinchas revientan y el caballo del de Carrión se derrumba sobre las ancas. Viéndole vencido, echa Pedro mano a la espada; mas Fernán González, al reconocer el fulgor de la invencible Tizona, exclama sin esperar el golpe:

—Estoy vencido.

Y otorgado así por los jueces, Pedro Bermúdez se aleja del campo entre aplausos y vítores.

En tanto Martín Antolínez y Diego González se arremetían dándose tan fuertes golpes con las lanzas, que ambos las quebraron. Rápido Martín Antolínez echó mano a la espada tan clara y limpia que su reflejo voló como una

alondra, por todo el palenque. Mas Diego, al primer cintarazo de la Célebre Colada, se sintió invadido por un pavor tal, que tiró la rienda, y sin usar su espada, se lanzó a galope tendido fuera del palenque, dejando sólo en el campo a don Martín ; y gritando desaforadamente :

—¡ Señor glorioso, líbrame de esta espada !

Y el rey dijo a don Martín :

—Venid a mi lado, pues que habéis vencido en la lid.

Mientras así quedaban vencidos y avergonzados los cobardes condes, Nuño Bustos daba también su merecido a Suer González, tío de los condes y consejero de todas sus malas acciones. Era éste guerrero muy valiente y Nuño Bustos no le iba en zaga, y así eran tan fuertes las lanzas de los dos, que causaban admiración y espanto los golpes que con ellas se daban. Al fin Suer González partió el escudo de Nuño Bustos pasándoselo de parte a parte con la lanza, mas Nuño Bustos, de un rápido rebote de la suya le tiró del caballo y le puso la lanza en el rostro.

Los del bando de los condes, gritaban con horror:

—¡No le matéis, no le matéis, que está vencido!

Pero los del Cid les contestaban:

—Nada vale la caída si él mismo no se confiesa derrotado.

Y el orgulloso Suer González, volviendo en sí:

—¡Estoy vencido!—declaró con fuerte voz.

Dió el rey por terminado el torneo, declarando aleves y cobardes a los condes, y vencedores en la liza a los del Cid. Así lo proclamó un pregonero con cajas y atambores y después un rey de armas otorgó a los vencedores el premio del rey.

Y es fama en Carrión que tan avergonzados y corridos quedaron los infantes, que huyeron de sus tierras y no se ha vuelto nunca más a saber de ellos.

NUEVAS BODAS

A Valencia, la grande, volvían los esforzados caballeros del Cid, llevando consigo gran

acompañamiento que les diera Alfonso, y muchos y muy ricos presentes con que el monarca castellano correspondía a las esplendideces de Rodrigo.

Al entrar por las puertas de la ciudad la encontraron toda adornada como para una gran fiesta ; colgaduras, banderas, pendones y gallardetes ondeaban por todas partes ; la gente engalanada con sus mejores ropas iba y venía dándose albricias, y de la iglesia de Santa María salía una regia comitiva seguida por solemne procesión.

Era que las hijas del Cid celebraban nuevas bodas ; esta vez era el Cid quien las casaba y con dos reyes nada menos. Doña Elvira iba a ser esposa del rey de Navarra y doña Sol del de Aragón.

No hay para qué decir que si espléndidas fueron las primeras bodas—que el Padre Santo, por petición del Cid, consintió en anular—las segundas lo fueron muchísimo más. Tanto, que todavía se recuerdan en aquellas tierras los festejos de cañas, toros, banquetes y saraos con que se celebraron. Y los magníficos regalos que unos y otros se hicieron, están

enumerados en multitud de coplas y romances.

Así doña Elvira y doña Sol fueron reinas de Navarra y Aragón, y el Cid Rodrigo Díaz de Vivar emparentó con los reyes de España.



ÚLTIMOS DÍAS DEL CID

V

EL TESTAMENTO

«Oid mi voluntad última—y cuidad de que se acate.
Mi alma es de Dios y a Dios vuelve :—de las villas y lugares
que conquisté de los moros—al rey entregad las llaves ;
que yo por suyas las tuve—sin pensar en rebelarme.
Los bienes por mí heredados,—los que adquirí por rescates
de los vencidos, los que hube—por dádivas personales
y xeques, cristianos y árabes—del rey Persa y de otros reyes
son míos, y se los lego—a Jimena : si quitárseles
intenta alguno, valedla—contra quien a tal osare.
Mis hijas son hoy infantas—y ricas : por mí su madre
las bendiga, y de mis bienes—parte las dé, si le place.
Mi cuerpo debe en San Pedro—de Cardeña sepultarse,
en donde están enterrados—mis abuelos y mis padres.»

MUERTE DEL CID

Habían pasado largos años desde las bodas de las hijas del Cid. Ahora, el Campeador, que en buen hora nació, yacía en su lecho, herido de muerte. Su luega barba era ya blanca como copo de nieve ; su piel estaba curtida por el aire, el sol y el polvo de los campamen-

tos; su cuerpo enflaquecido, sus miembros casi rígidos; su espalda curvada por el peso del arnés tanto tiempo soportado.

Le velaba su esposa, la dulce Jimena, y Alvar Fáñez Minaya, su caballero fiel no se apartaba un punto de la cabecera de su lecho. Cuando he aquí que entra en la habitación Bermudo pálido y tembloroso, y llama aparte a Alvar Fáñez y entabla con él animado diálogo:

—Es preciso decírselo al Campeador—asegura Bermudo.

—¡No!—replica Alvar Fáñez—pretendería ir al encuentro del enemigo, y le es imposible sostenerse.

—Es que—insiste Bermudo—no podemos prescindir de su consejo. Ninguno de nosotros es capaz de combinar plan adecuado para la defensa. Es la tercera vez que Búcar cerca a Valencia y ha jurado tomarla a toda costa. Ahora le ayudan los Almogávares de Murcia y Algeciras y al mismo tiempo que nos ataca por tierra tiene bloqueado el puerto con sus naves. Y cuando no se presenta en combate abierto y tumultuoso como es costumbre entre

la gente infiel, es porque oculta algún plan seguro, acaso una traición...

—¡Dios nos ayude!—exclamó Minaya—. ¡Mas, vé!—añadió señalando a Bermudo la puerta—, vé y cuida de que nadie, ¿entiendes?, nadie pueda sospechar siquiera la enfermedad del Cid Rodrigo Díaz.

Salió Bermudo y quedaron doña Jimena y Alvar Fáñez junto al moribundo. De pronto se irguió el Cid en el lecho y dijo con voz clara y firme:

—He soñado que los moros volvían. Si no fuere tal sueño sino aviso del cielo, quiero daros mis órdenes para salvar por última vez la hermosa tierra que con el esfuerzo de mi brazo conquisté y defendí. Cuando yo haya muerto, quiero que se embalsame mi cuerpo, que se me coloque mi armadura más brillante y que se monte mi cadáver sobre Babieca, mi noble caballo. Y al alborear el día debéis salir todos de Valencia en dirección a Burgos, llevándome a la cabeza de lucida procesión, con gran acompañamiento de cirios y antorchas y cantores que entonen los salmos penitenciales. En tanto mi hueste deberá dividirse en tres

partes: una que guarde a los que me acompañen y otras dos que al mismo tiempo ataquen en las tinieblas el campo del rey Búcar. Será curioso que tenga más poder para derrotar a los moros el Cid Rodrigo muerto, que sus guerreros vivos... Mas es ya la única cosa que puedo hacer por mi Castilla...

Dijo el Cid, e hizo seña a Jimena para que se acercase más. Ya habían entrado en la estancia los caballeros más fieles y allegados; ya rodeaban todos el lecho del Campeador, orando de rodillas por su alma. Ya el buen obispo don Jerónimo y el abad don Sancho decían sus piadosas preces, cuando el Cid se irguió de nuevo y trazando con la mano derecha la señal de la cruz, dijo:

—¡Dios te bendiga, Jimena mía!

Después, como si un espíritu invisible le llamase, exclamó con voz muy dulce:

—¡Allá voy!—y cayó desplomado.

LA ULTIMA BATALLA

Perezosos y descuidados dormitaban en sus puestos los centinelas moros. El rey Búcar, en

cambio, no podía reposar un punto ; en algunos momentos pensaba, lleno de esperanza, que la incomprensible inacción del Cid y de los suyos iba a darle la anhelada victoria, pero desesperaba en seguida sospechando que aquella calma bien pudiera encubrir una traición. En estas imaginaciones y temores estaba, cuando oyó un rumor apagado y lejano que se acercaba al campamento. Era un cántico sordo y profundo que semejaba salir de la misma tierra...

Alarmado Búcar, hizo despertar inmediatamente a los descuidados centinelas, convocó a sus guerreros, y juntos vieron... vieron algo que les llenó de espanto.

Una doble serpiente de luz salía de Valencia y se encaminaba hacia el árabe campamento ; desdoblaba sus inmensos anillos, ondulaba, crecía, se acercaba y dejaba oir sin cesar la fúnebre salmodia.

Horrorizados los moros creían que tan fantástico cortejo sólo podía ser cosa del otro mundo, y en su supersticiosa ceguedad se aferraban a la idea de que el Cid, con su inmenso poder, había conjurado contra ellos a los po-

deres infernales, cuando he aquí que sus asombrados ojos vieron algo inesperado y para ellos terrible.

Entre las dos hileras luminosas, y a su cabeza, cabalgaba el Cid, el mismísimo Campeador, caballero en Babieca y armado de su armadura más brillante ; derecho, rígido, imponente ; el casco calado hasta los ojos, la larga barba blanca descansando en el arzón de la cabalgadura, y el brazo derecho, aquel brazo terror y azote de la morisca gente, levantado y sosteniendo a Tizona, ¡ la espada implacable e invencible !

Verle los moros y armarse en el campamento una baraunda de dos mil demonios, todo fué uno. El único pensamiento de Búcar y su gente fué la huída, y en el colmo del espanto retrocedieron hacia el mar, pero entonces salió a su encuentro como un trueno o terremoto la gente de Alvar Fáñez haciendo resonar el clarín del Cid y lanzando su grito de guerra :

—«¡ Santiago por Castilla y por Rodrigo Díaz de Vivar !»

Los moros, creyendo que el Cid, con sobrenatural poder, alcanzaba a atacarles en perso-



...derecho, rígido, imponente; el casco calado hasta los ojos

na por dos partes distintas, se dividieron, se dispersaron, quisieron huir en otra dirección, mas les salió al encuentro la tropa de Bermudo, o sea la otra parte de la hueste cristiana, que les rechazó violentamente, siempre al mismo grito :

—«¡ Santiago por Castilla y por Rodrigo Díaz de Vivar !»

Búcar y los suyos, en el colmo del horror y entre la confusión más espantosa, se aniquilaron entre sí. Algunos pudieron ganar las naves y huir precipitadamente ; otros se arrojaron al mar y en él perecieron.

Así, después de muerto ganó todavía el Cid Campeador su última batalla. El fúnebre cortejo siguió su camino hacia Castilla, hasta llegar al monasterio de San Pedro de Cardeña. Allí, según su último deseo, en presencia del rey y con regia solemnidad, fué enterrado el más noble y famoso castellano, el Cid Campeador Rodrigo Díaz de Vivar, cuyo sepulcro puede allí verse todavía.

«Tales son las hazañas del Cid Campeador,
Que nunca fué vencido, mas siempre vencedor»

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

COLECCION ARALUCE

Esta colección se compone de las obras más famosas en el mundo y cumple a maravilla el precepto de INSTRUIR DELEITANDO, contribuyendo, además, a formar el buen gusto de los jóvenes lectores.

OBRAS PUBLICADAS

Guillermo Tell.
Historias de Shakespeare.
Los Héroes.
La Divina Comedia.
Historias de Hans Andersen.
Historias de Wagner.
Viajes de Gulliver.
La Cabaña del tío Tomás.
Cuentos de Grimm.
Robinson Crusoe.
La Ilíada.
Historias de Calderón de la Barca.
La Odisea.
Más historias de Shakespeare.
Don Quijote de la Mancha. (2 tomos).
Historias de Chaucer.
Cántico de Navidad.
Yvanhoe.
Los Caballeros de la tabla redonda.
Cuentos de la Alhambra.
La Infantina de Francia.
El Paraiso perdido.
Los Lusiadas.
La Gitanilla de Cervantes.
El lazarillo de Tormes.
Hazañas del Cid.
Historias de Lope de Vega.
Fábulas de Esopo.
La Canción de Rolando.